

ESTUDIOS DE ETNOGRAFIA CHAQUENSE

Por A. MÉTRAUX *

1. LA VIDA ECONÓMICA DE LOS INDIOS DEL CHACO

Los bosques del Chaco, espinosos y difíciles, poseen una mayor riqueza en árboles y otras plantas de valor alimenticio para el Hombre, que la misma floresta tropical. Algarrobos (*Prosopis alba*, GRIS. y *Prosopis nigra*, HIER.) y tuscas (*Aca-sia aroma*) con sus vainas, chañares y místoles con sus frutos, representantes comunes de la flora xerófila del Chaco, abastecen a los nativos de comida abundante, cada uno a su debido tiempo. En las zonas pantanosas a lo largo de los ríos, las innumerables palmeras, que cubren extensiones grandes, son de igual valor económico para los indios. Los bosques mismos contenían antes considerable número de animales de caza, y los ríos y lagunas proveen aún abundante pescado.

La producción temporal de ciertas especies ofrece una alimentación variada, y la distribución irregular de ciertas plantas y de algunas especies animales, han producido un nomadismo limitado, que no involucra empero la migración de grupos grandes, sino más bien la dispersión de pequeños grupos familiares que deben vivir dispersos para poder proveer a su subsistencia. La vida social y ceremonial ha sido profundamente afectada por la abundancia momentánea de un alimento determinado. Por ejemplo, durante la época de la pesca existe siempre una gran concentración de gente a lo largo de los ríos, y en estas ocasiones los conflictos sobre líneas de demarcación

* La traducción, del original inglés, es obra de Salvador Canals Frau.

suelen ser frecuentes. Por otra parte, la recolección de la algarroba era un período de continuadas fiestas y visitas. En los meses de invierno, en cambio, la densidad social es más baja, y cada familia peregrina a través de los bosques en busca de una subsistencia precaria.

Un calendario de la alimentación puede ser establecido para los indios del Pilcomayo, sobre la base de las variaciones en alimentos durante el año. Sin embargo, en los últimos treinta años, el ciclo anual ha sido alterado por un nuevo e importante factor en la economía nativa: en los meses improductivos de invierno, que antiguamente fueran de escasez y hasta de hambre, la gente joven de hoy emigra a los campos de caña de azúcar de Salta y Jujuy, donde trabajan como peones.

De noviembre a enero, y a veces hasta febrero, los indios del Pilcomayo se deleitan con la algarroba —la cual se consume en forma de cerveza (aloja)—, y con los nutritivos frutos del chañar y del mistol.

Al final del verano, las semillas del poroto del monte (*Capparis retusa*, GRISEB.), el tasi (*Morrenia odorata*, H. ET A.), y los higos de tuna, figuran, ante todo, en su menú. Los indios que viven en regiones donde se ha desarrollado el cultivo del suelo, cosechan sus cultivos durante el mismo período y añaden así el maíz, las calabazas confiteras y las sandías al grupo de plantas silvestres empleadas en su alimentación. Hacia fines de la época de las lluvias, las mujeres están muy ocupadas extendiendo frutos y vainas sobre pieles y esteras para secarlos para los meses de invierno.

Los meses de abril, mayo y la primera mitad de junio, cuando los cardúmenes ascienden por el Pilcomayo, son época de abundancia para los indios. La pesca diaria es a veces tan grande, que las sobras pueden ser ahumadas y almacenadas por algunos días, o canjeadas por el maíz y otros productos de tribus del interior. Los indios consideran la época de la pesca como época de abundancia y bienestar. Es indiscutible que entonces están alimentados bien. En junio y julio, a pesar de que las aguas de los ríos están bajas, se puede aún obtener algún pescado, y las vainas de tusca y algo de tasi, siguen recolectándose. La tusca madura desde abril a septiembre.

Durante agosto y septiembre, los meses más magros del año, los indios comen tusca, y acuden a sus provisiones de frutos de sachalimona o naranja del monte (*Capparis speciosa* GRIS.), y de sachasandía (*Capparis salicifolia*, GRIS.). Recorren el bosque para recolectar cucurbitáceas silvestres, tubérculos y algunas especies de bromelias con rizomas carnosos. La comida más agradable de esta época, son ciertas partes de una enredadera (probablemente *Phaseolus Caracalla*??), la que debidamente curada, tiene un sabor parecido a la nuez. La caza, a pesar de que en los tiempos actuales sea fuente de alimentos casi despreciable, reforzaba antes la comida vegetal (1).

Una lista similar de alimentos puede ser postulada para las tribus septentrionales del Chaco, sobre las cuales tenemos menor información.

Al igual que otros pueblos del Chaco, los *Mbayá* del norte de esa región y del sur de Matto Grosso, recolectaban las vainas de algarrobo; pero su principal renglón alimenticio entre las plantas silvestres, estaba representado por el vástago terminal (palmito), los frutos y el meollo de diversas especies de palmeras, sobre todo de la palma mbocayá (*Acrocomia totai*) y la *yatai-guazú* (*Copernicia australis*). Las familias grandes de los *Mbayá* gustaban de asentarse en un palmar y explo-

(1) Las plantas silvestres que recolectan los *Matacos* en los magros meses de invierno, son: las raíces del *oláx* (*Cissus palmata*) que crecen en terrenos pantanosos y deben ser hervidos en distintas aguas; los tubérculos del *katsi'wók* (*Echinodorus grandiflora*), planta acuática que sólo necesita un leve hervor antes de poder comerse; los tubérculos del *nekwitáx* (*Merremia acgyptica*); los del *si'nyáx*, que son muy amargos y por lo tanto se tuestan primero, se secan y luego se hierven durante todo un día; los tubérculos de *MoLmoL* (*solanum meloncillo*); los tubérculos llamados *atsixwó'*, que se tuestan primero y luego se hierven; las raíces de la enredadera *newuk*, que se parecen a la mandioca, pero que son insípidas; las raíces del cactus *na'pét*, que se preparan en las cenizas. También comen las bayas del *iste-Loi* (*Phytalis viscosa*); los frutos del *san'yá* (*Araujia plumosa*), que son hervidos o tostados; los del *KatsunLi* (*Philibertia gracilis*); los del *Kitsawk* (*Sissus sicyoides*); los del *tsozna-katos* ("tetas de venado") que se tuestan en ceniza; los de *axwatax-Loi* que se parecen a los del *tasi*, y, finalmente, los de la enredadera *newuk*.

tarlo durante un mes o más, hasta que quedara agotado. Luego, volvían al campamento principal con provisiones de harina y de palmitos tostados. Sánchez Labrador (2) nos cuenta que las familias mbayáes reducidas en la misión de *Belén*, sobre el río Ypané, destruyeron todas las palmeras alrededor de la misión y hasta la distancia de unas seis millas, en tres o cuatro semanas.

Los principales alimentos vegetales de los *Chamacocos* son: vainas de algarrobo, palmitos de la palmera carandaí (*Copernicia cerifera*), las hojas del caraguatá, el meollo de la palma carandaipé, los tubérculos de una planta acuática y mandioca "silvestre". Las plantas que comen los *Guarañocas* son: paquío, piñas silvestres, pitajaya, algarrobo y los frutos de la palmera totai.

El valor económico de las palmeras para los *Mbayá*, puede muy bien ilustrarse teniendo presente las ventajas que estos indios sacaban de la palmera mbocayá (*Acrocomia totai*): los frutos y sus pepitas, junto con los vástagos y el meollo, se comen; de la savia se hacía una bebida alcohólica; larvas, muy buscadas como alimento, aparecen numerosas en los troncos podridos; y, finalmente, con las hojas se hacían cuerdas y ronzales, y agujas de coser con las espinas.

El arroz silvestre (*Oryza perennis*), que crece en las zonas cenagosas del alto río Paraguay, era consumido en gran escala por los indios ribereños, los *Payaguá* y *Guachico*, y hasta por los *Mbayá* que lo obtenían por trueque. Al igual que los *Menomíni* de Norteamérica, los *Payaguá* y *Guachico* cosechaban el arroz sacudiendo los tallos de manera que cayeran los granos en sus canoas. Lo comían sin sacarle la cáscara (3).

A través de toda la región del Chaco, las frutas silvestres y los tubérculos son recolectados por las mujeres, las que salen equipadas con un bastón de cavar, un gancho de maderado a un largo palo para bajar las ramas altas, y grandes bolsas de caraguatá para llevar a casa la cosecha.

(2) 1910, vol. I, pág. 162.

(3) SÁNCHEZ LABRADOR, vol. I, pág. 185.

El bastón de cavar está hecho de madera dura (palo mataco, *Achatocarpus praecox*) y, por regla general, posee un extremo distal espatulado o en forma de bisel. Entre los *Tobas* y los *Matacos*, este instrumento tiene alrededor de 1,80 de largo y es de considerable peso. Los mismos indígenas emplean también palos más cortos y más delgados, con cabeza espatulada, que pueden más fácilmente transportar cuando marchan a través del bosque; éstos sirven para abrir los troncos de palmera y desarraigar las plantas de caraguatá. El palo de cavar de los *Abipones* y *Mocovies* tenía alrededor de 1,30 m., ancho en ambos extremos, pero delgado en su medio (4). Las mujeres chamacocas poseen, en cambio, palos de cavar que ostentan una forma parecida a los remos, con bordes afilados, lo cual resulta muy apropiado para extraer los vástagos terminales de carandaí o palmitos. Para desarraigar las hojas de caraguatá, las mujeres del Chaco emplean también palos en forma de horqueta.

Cuando las mujeres recogen los higos de tuna, que como se sabe están cubiertos de pequeñas púas invisibles, las dejan caer dentro de unas redes alargadas, las que luego mueven en vaivén, y el roce de los frutos uno con otro hace desaparecer la pelusa peligrosa.

Los indios del Chaco son particulares amigos de la miel. Cuando marchan a través de la espesura, siguen atentamente el vuelo de toda abeja que ven, con la esperanza de que les señale su nido. Los *Abipones* explicaban su costumbre de arrancarse las pestañas por la necesidad de mejorar su vista con el fin de descubrir las abejas. Tanto las abejas como las avispas productoras de miel, son numerosas en el Chaco. Los *Matacos* distinguen 16 distintas clases de miel. Ciertas especies construyen sus panales en esferas que cuelgan de los árboles, mientras que otras los hacen en los árboles mismos o en agujeros en la tierra. Para alcanzar la miel contenida en las cavidades de los árboles, los indios agrandan el orificio con sus hachas, operación que requería mucho tiempo cuando sólo disponían de hachas de piedra. A menos que la cavidad sea bastante

(4) DOBRIZHOFFER, 1784, vol. II, pág. 122.

grande para introducir en él un recipiente, los indios recolectan la miel líquida sumergiendo en ella un paño burdo de fibras de caraguatá, que luego exprimen una vez que ha absorbido la miel. Cuando descubren nidos de abejas, los indios los despojan completamente, y no intentan siquiera, como hacen ciertos pueblos brasileños, dejar algunos panales para que vuelvan aquéllas. Las larvas que se encuentran en los panales se comen junto con la miel o, de preferencia, se tuestan. La miel se conserva siempre en un pequeño odre fabricado con el cuero entero de un pequeño roedor, al que le dejan el pelo por dentro (5).

De los *Guaná* se dice que solían atontar las abejas con el humo de una *Datura*, el cual se soplabá en la cavidad de los árboles, antes de extraer los panales.

A través de grandes regiones del Chaco, el agua es escasa. En la temporada de seca, el agua puede convertirse en uno de los más serios problemas de supervivencia que deban afrontar los indios. Los antiguos *Lules* y *Vilelas*, que vivían al sur del Bermejo, excavaban pozos profundos o construían grandes cisternas. Los *Lenguas* modernos tienen pozos de uña profundidad que va de 4,50 a 6 metros, y de un diámetro de unos 75 cm. Están hechos de tal manera que un hombre puede bajar en ellos por unas entalladuras hechas en ambos lados para los pies.

Cuando los indios del Chaco se sienten urgidos por la sed, beben el agua que se junta al pie de las hojas de caraguatá, o extraen el tubérculo carnoso de una euforbiácea conocida por *sipoy* (6).

El cultivo del suelo es conocido de todos los pueblos del Chaco. Las pocas excepciones se deben más al medio desfavorable, que a razones culturales, pese a que, en ciertos casos, la

(5) Las abejas y avispas productoras de miel conocidas de los *Matacos* son: *wosá* (avispa amarilla), *wexñat* (en español "moromoro"), *pínu* (miel de árbol), *putsax*, *woná* (avispa que construye un nido de forma ovalada que pende de los árboles; en español se llama "bala"), *nowaLék* ("lechiguana"), *neslá* (construye su nido en el suelo) y *yekyeláx* (en español "carán"), que hace su miel dentro de la tierra.

(6) Según BALDRICH, 1890, pág. 163, también *acol*, una time-lácea.

adopción del caballo condujo a la desaparición temporaria de los cultivos.

Los antiguos *Samucos* eran cultivadores, como lo son sus descendientes los *Moros* y los *Guarañocas* que cultivan maíz, porotos, calabazas, mandioca y algodón (?). Por otra parte, los *Chamacocos*, íntimamente emparentados con aquéllos, son casi exclusivamente recolectores y cazadores; pero aún así no ignoran por completo los principios del cultivo del suelo, ya que siembran y cuidan con esmero las calabazas que necesitan para sus sonajeros (7). En este caso, la ausencia de un cultivo sistemático debe ser atribuida a la naturaleza del terreno, pues los *Tumarahá*, subdivisión del mismo pueblo que ocupa un medio más favorable, cultivan algunos productos, y hasta un elemento importado: la caña de Castilla (*Arundo denax*), que emplean para los astiles de sus flechas.

Después de que los *Abipones*, *Mocovíes* y *Mbayá* adoptaron el caballo, se hallaron en una mejor posición para vivir de mano a boca, y abandonaron los pequeños cultivos que puedan haber practicado en el pasado. Sin embargo, estos pueblos tenían acceso a alimentos cultivados: los *Abipones* y *Mocovíes* por el pillaje; los *Mbayá* a través de sus vasallos cultivadores, los *Guaná* de lengua aruac. A fines del siglo XVIII, cualesquiera cultivos que puedan haber practicado los *Mbayá*, se hallaban en manos de sus esclavos *Guaná* que vivían entre ellos. En el centenio siguiente, los *Mbayá* mismos se convirtieron en cultivadores, cuando los blancos los obligaron a llevar una vida sedentaria. Es muy probable que el cultivo del suelo desempeñara la misma parte en la economía pre-europea de estos pueblos, que en la de los otros indios del Chaco que no adoptaron el caballo.

Los mejores cultivadores del Chaco eran los pueblos del norte de habla aruac: los *Chaná*, los *Guaná* y los *Terenos*, los que se alimentaban capitalmente del producto de sus plantaciones. Todos los años, después de trabajar y plantar sus campos, los *Guaná* se trasladaban a las riberas del Paraguay donde pescaban y cazaban hasta la época de la cosecha.

(7) BALDUS, 1931, pág. 32.

La medida en que los pueblos del Chaco practican el cultivo del suelo está en gran parte determinada por el medio en que viven. Los *Lenguas*, por ejemplo, que sólo disponen de pequeños y dispersos pedazos de tierra apta, cultivan poco; pero sus vecinos, los *Ashluslay* (Chulupí), son más favorecidos gracias a una situación más favorable. Para los *Pilagá*, cuyas tierras se inundan todos los años, el cultivo del suelo es más un pasatiempo que una actividad económica de provecho. Sólo cultivan algunas calabazas confiteras, un poco de maíz y, desde luego, tabaco. Comparados con los *Matacos* montañeses y los *Tobas*, los *Matacos* ribereños pueden ser considerados como expertos hortelanos. Los antiguos *Guachí* (Guaxarapos) del río Miranda, sembraban sus mieses en los terrenos inundados a lo largo del río. Tan pronto como las aguas del río retrocedían, pegaban fuego al herbaje, y labraban el suelo. Luego en el rico cieno depositado por las aguas, sembraban maíz, calabazas, batatas y tabaco.

Sequedad del suelo, falta de abonos e inundaciones excesivas, no son los factores únicos que obstaculizan los cultivos en gran parte del Chaco; las cosechas están también amenazadas por el rayo, por la langosta, los tordos, los pericos, los chanchos del monte, el ganado y otros animales domésticos. La construcción de una valla espinosa alrededor de sus plantaciones, es la tarea más pesada que cae sobre el cultivador mataco. Estos cercos, amontonados con gran esfuerzo, no duran mucho, y deben ser recompuestos dos veces al año. Cuando dentro de una distancia determinada no se pueden obtener árboles espinosos o maleza para construirlos, prefieren abandonar el lugar de la plantación antigua y abrir un nuevo claro en otro lugar apropiado. En la jerga de español del Chaco la palabra "campo" es sinónima de "cerco". Excepto los *Kaskihá* (Mascoy), quienes transfieren a los viejos el trabajo de escardar los cultivos, la mayor parte de indios del Chaco son despreocupados respecto del estado de sus campos de cultivo. Los distintos productos se plantan o siembran al azar en distintos y dispersos pedazos de tierra. Para una nueva plantación, los *Matacos* derriban los árboles en abril o mayo, al principio de la estación seca, y los dejan en el suelo hasta agosto, en que están completamente secos. Luego, les pegan fuego, y constru-

yen el cerco alrededor del campo. En el primer año, un campo de cultivo necesita pocos cuidados, ya que se halla relativamente libre de maleza; ésta deviene nociva durante el segundo año. Cuando los hombres maticos limpian sus campos de cultivo en abril, son asistidos por las mujeres, las que se llevan la maleza arrancada. Un campo matico ubicado cerca de *San Andrés*, sobre el alto Pilcomayo, que yo visitara en 1939, medía alrededor de 180 m. de largura, y otro tanto de anchura. Estaba lleno de maleza, y de tocones que sobresalían unos 60 cm. del suelo.

Los distintos productos se siembran o plantan en pedazos de tierra aislados. En los campos que observé, pude ver calabazas confiteras, porotos, maíz y algo de sorgo. El lugar donde se cultivaba el tabaco, había sido cuidadosamente escarado y estaba perfectamente limpio.

Las plantaciones de los *Sanapanas* no son muy grandes; raramente exceden dos o tres hectáreas. Generalmente se encuentran en una selva espesa y se llega a ellas por un tortuoso sendero. El dueño destruye primero el bajo matorral y luego derriba los árboles, con excepción de los que son tan altos que no pueden dar sombra a los cultivos. Después de haberse trasladado a un nuevo campamento, los *Lenguas*, y probablemente la mayor parte de indios chaqueños, vuelven de tanto en tanto a sus antiguas plantaciones para llevarse los productos.

Los principales productos cultivados en el Chaco son: maíz, mandioca dulce, porotos, calabazas confiteras (*Cucurbita maxima* L.) y ancós (*Cucurbita moschata* DUCH. Y C.), sandías, zapallos, maníes (*Angaités*, *Sanapanas*), batatas, mandioca, tabaco (8), algodón, sorgo y caña de azúcar.

Hay variaciones locales, especialmente en el Chaco septentrional, donde los indios se hallan en contacto con los horticultores amazónicos. Los *Guaná* modernos cultivan, además de las plantas enumeradas antes, mandioca amarga, cara,

(8) Los antiguos *Chaná* cultivaban varias especies de tabaco: "Según la especie, unas tienen figura de lanza, otras de lengua de vaca y son más largas y angostas, y otras son acorazonadas y gruesas" (SÁNCHEZ LABRADOR, 1910, vol. I, pág. 184).

varias cucurbitáceas, arroz, papayas, una avoidea de la cual se comen los tubérculos hervidos en varias aguas, una especie de cassia y urucú. De la misma manera que las calabazas confiteras son el producto preferido de los *Matacos*, así las batatas representan el principal artículo alimenticio de los *Kaskihá*. Los *Lenguas* cultivan principalmente calabazas, batatas, mandioca y tabaco, junto con un poco de maíz. Por otra parte, el maíz es cultivado en gran cantidad por los *Ashluslay*. Los *Matacos* suelen plantar tunas cerca de sus viviendas.

La preparación del terreno de cultivo, la construcción del cerco y la limpieza ocasional de los cultivos, son actividades de todos los hombres. Hay alguna incertidumbre respecto de la parte que pueda tocarle a la mujer en estas tareas. Entre los *Matacos* y los *Toba-Pilagá*, los hombres labran los campos, siembran y cosechan las mieses; las mujeres sólo acarrear la cosecha. De acuerdo con Nordenskiöld (9), entre los *Chorotis* y *Ashluslay*, hombres y mujeres colaborarían en el plantar y cosechar los productos. En cambio entre los *Lenguas* y *Kaskihá* el cuidado de las plantaciones parece hallarse exclusivamente en manos de los hombres.

El principal instrumento agrícola es un palo de cavar, o una pala de madera (*Matacos*, *Chorotis*, *Ashluslay*, *Guaranocas*), trabajada de una sola pieza en forma de remo, y a veces provista de una bifurcación en el extremo proximal. La pala



Fig. 1. Pala de madera.

de los *Guaná*, al igual que la de los *Chiriguanos* y de los indios Andinos del sur de Bolivia y Atacama, consiste en una hoja de madera atada a un mango de un metro y medio de largo (10). Cuando manejaba la pala, el *Guaná* se sentaba en el

(9) 1912, pág. 94.

(10) "El modo que tienen en labrar la tierra es singular. Con las palas arriba dichas mueven la tierra y desherban, no al modo que hacen los Españoles, sino sentados. Enhastan las palas en unos cabos

suelo y labraba el pedazo de tierra que estaba a su alcance; luego mudaba el sitio. De esta manera limpiaba y preparaba el suelo de su plantación (11). La pala se hacía a menudo de un omóplato de buey.

Además de los palos de cavar y de las palas, los *Ashlus-tay* emplean también mazas de madera para romper los troncos.

Antes de la cosecha, los *Matacos* ponen guardianes en sus campos para ahuyentar las bandadas de loros y otros pájaros que saquean las plantaciones, o colocan trampas para atraparlos.

Cuando una cosecha ha sido destruída por el rayo, los *Lenguas* consultan al shaman, quien lleva o manda hechizos para apartar el mal y restablecer la fertilidad del suelo. A las plantas improductivas se las escupe encima, para hacer que carguen de nuevo (12).

Pesca

Durante dos o tres meses de cada año, la pesca es la capital actividad económica, y el pescado es el artículo alimenticio principal de aquellos pueblos que tienen acceso a los grandes ríos, como el Pilcomayo y el Bermejo. Hasta los ecuestres *Mbayá* pasaban algunas semanas a lo largo del río Paraguay, alimentándose exclusivamente de pescado. En este tiempo, construían endebles reparos no lejos de la misma ribera, adoptando tal disposición que en caso de peligro, las señales de fuego o de humo pudieran ser vistas por todos.

Hasta aquellos grupos cuyo habitat se halla en los bosques del interior, tratan de asentarse en las riberas del río durante la temporada de pesca, a pesar de los peligros que envuelve el meterse en cotos de caza ajenos. Para evitar una guerra abierta, a veces se celebran entendimientos entre los

largos de vara y media; siéntase el Chaná, y trabaja cuanto alcanza la pala; así, mudando sitios, limpia y compone el terreno de su sementera". (SÁNCHEZ LABRADOR, 1910, 291-292).

(11) SÁNCHEZ LABRADOR, 1910, II, 252.

(12) GRUBB, 194, pág. 81.

ribereños y los del interior. Así, los *Ashluslay*, por ejemplo, cuando están en paz con los *Pilagá*, suelen prestarles sus lugares de pesca. Muchos grupos del interior truecan maíz u otros alimentos por pescado seco o ahumado.

La pesca se realiza individualmente, o por grupos. Toma un carácter colectivo entre los *Pilagá*, *Ashluslay* y *Matacos* del Pilcomayo; sin embargo, es actividad más bien individual. En estos asuntos comunales hay escasa disciplina, y cada uno se detiene a pescar allí donde bien le parece.

En las regiones pantanosas cercanas a la desembocadura del Pilcomayo, los peces son a veces tan numerosos en los lagunejos estancados, que puede ser vaciado con las manos. Los *Lenguas* apresan a los peces de la misma manera en las pequeñas corrientes, las cortan con un dique cuando las aguas de la inundación anual entran en receso. La pesca en aguas bajas se realiza, tanto entre los *Ashluslay* como entre los *Lenguas*, empleando unas cestas de mimbre de forma cónica, de unos 60 cm. de altura y abiertas en su base y en su vértice. Estas se dejan caer sobre los peces, los que luego son apresados con la mano a través del orificio superior. Los mismos indios colocan trampas hechas de mimbre en los grandes ríos.

No se conocen otros anzuelos indígenas que los de los *Lenguas*, los que se fabrican de hueso o madera. Estos indios los usan con una línea muy corta, ya sea sentados en una canoa o puestos de pie dentro del agua. Se dice que los *Matacos* utilizan anzuelos grandes de madera para atrapar yacarés. La pesca con anzuelo de hierro es especialmente remuneradora cuando los ríos están altos y cuando los peces se arriman a la orilla para comer larvas de hormiga o de otros insectos que caen al agua al desmoronarse las barrancas. Sin embargo, los indios pierden a menudo su presa a causa de que el pez palometa les desgarrar o corta el sedal.

La pesca con red, de lejos el método más provechoso, se practica durante la estación seca, cuando los ríos pueden ser vadeados y se pueden hacer embalses. La baja de la creciente coincide también con la migración aguas arriba de bancos de peces.

Las redes son de dos tipos: 1) redes con una armazón hecha con dos largos palos que se abren y cierran como tijeras; 2) redes montadas sobre dos varillas flexibles unidas en ambos extremos.

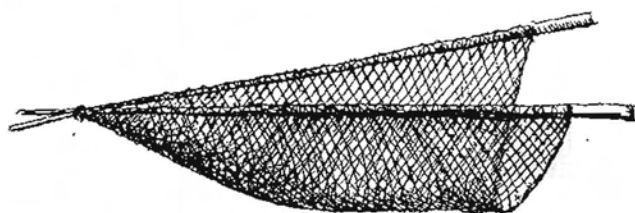


Fig. 2. Red de pescar del tipo primero.

Cuando llega la noticia de que los cardúmenes van ascendiendo el río, los indios comienzan a construir una valla de ramas paralela o diagonal a la orilla. (Una que yo vi medía alrededor de 90 m. de largo). De

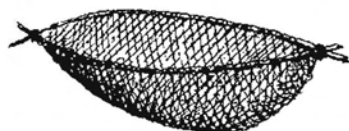


Fig. 3. Red de pescar del tipo segundo.

De noche, un grupo de pescadores sosteniendo redes del tipo primero cierra el extremo inferior del canal entre la valla y la ribera. Uno o dos hombres, zigzagueando desde el otro extremo del canal, golpean las aguas con un palo largo y producen así un ruido explosivo. De esta manera, los peces asustados son dirigidos hacia la línea de pescadores que los van sacando del agua, los inmovilizan con la red, y los aturden mediante un golpe con una maza corta y redonda. Los pescadores arreglan su botín ensartando con una aguja de madera cada pescado a través de las agallas y colgándolo de una cuerda dispuesta alrededor de su cintura.

El mismo método se usa también de día, pero entonces los ojeadores acuáticos dirigen los peces hacia la barrera humana de pescadores, penetrando en el agua con una red del tipo segundo, con lo cual extraen todo pez que pasa cerca.



Fig. 4. Aguja de madera para ensartar pescados.

En las bajas aguas del Pilcomayo o Bermejo, los indios construyen una valla en zigzag, con angostas aberturas, delante de las cuales levantan una plataforma. Desde ahí atrapan

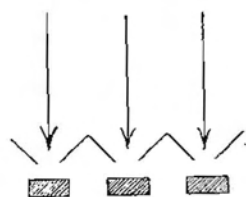


Fig. 5. Valla con plataformas.

en la redes grandes, de forma de tijera, los peces que descenden por el río. En las noches frías los pescadores se calientan con fuegos que encienden sobre una capa de tierra puesta sobre las plataformas. Plataformas idénticas se levantan también en las curvas del río, allí donde los remolinos del agua empujan los peces hacia la orilla.

El lecho del Pilcomayo está lleno de depresiones y pozos, bien conocidos de los indios, en los cuales pueden ellos pescar, especialmente en tiempo frío, cuando los peces están entumecidos. Un indio, sosteniendo una red del tipo segundo, se sumerge, abre la red bajo el agua, y vuelve a la superficie con su botín. Luego corre a la orilla a calentarse en un fuego. La misma red es empleada en aguas bajas: el pescador se agacha, y, manteniendo el palo inferior del marco cerca del suelo, va tirando despacio su red, y la cierra luego para asegurar su presa. Un grupo de pescadores puede también tratar de arrinconar los peces hacia la orilla y, con movimientos rápidos, hacen que entren en su red los peces, que luego echan sobre la orilla.

Los *Lenguas* atrapan anguilas y lepidosirenas, que abundan mucho en esa región, con lanzas de punta delgada, o con la mano. En el último caso, se ponen unas sartas de huesecillos a través de las palmas de sus manos, para poder asir mejor los resbaladizos animales (13). Los *Matacos* y *Pilagá*, especialmente en tiempo frío, lancean los peces con largas cañas de bambú con punta de alambre. Los *Matacos* del Bermejo, tiran sobre los peces con un tosco arpón que consiste en un palo de madera liviana de unos



Fig. 6
Arpón.

(13) GRUBB, 1913, pág. 82.

4,5 m. al cual va atado un pequeño vástago en su extremo distal; la cabeza separable es la punta aguzada de un cuerno de vaca, con un reborde lateral y un agujero para el cordel en el borde. El largo cordel no va atado al asta, sino que es sostenido por el pescador. Arpones similares se conocen de los *Mocovíes*, y han sido descriptos por Baucke (14). Estos arpones se empleaban también en la guerra, lanzándolos a manera de jabalina. En el delta del Paraná se han hallado puntas de estos arpones.

Durante la estación de las inundaciones, los indios pescan con arco y flecha. Unos misioneros me contaron que los *Matacos* tenían flechas-arpones para estos propósitos, pero yo nunca las he visto. Pescadores pilagás construyen a veces una débil plataforma en los árboles que cuelgan sobre las aguas; y levantan una tosca barrera, abierta en los dos extremos, a fin de llevar a los peces dentro del alcance de sus flechas.

Ninguno de los pueblos del Chaco emplea los venenos para aturdir a los peces. Pero los *Matacos* y *Chorotis* los atraen echando al agua hojas de una enredadera, del árbol bobo, o ramas de chañar, y luego les tiran cuando se acercan a mordisquearlas.

Los pescadores están constantemente expuestos al peligro de ser mordidos por las feroces palometas, las que arrancan grandes pedazos de su carne. Cuando vadean las aguas bajas y calmas, que rebosan de estos peces, a menudo llevan como protección una especie de medias hechas de fibra de caraguatá, o, en modernos tiempos, polainas de lona.

C a z a

Los mejores cazadores de la región del Pilcomayo son los *Matacos* del interior, los que no tienen acceso a los ríos. La adopción del caballo, al facilitar la captura de animales, ciertamente que encareció la importancia de la caza como actividad económica entre ciertos pueblos del Chaco. Excepto cuan-

(14) KOBLER, 1870, pág. 265; véase también BAUCKE, 1935, lámina 16.

do todos están ocupados en la pesca, en los grupos chaqueños siempre hay algunos individuos cazando. Cada vez que un grupo se traslada a un nuevo territorio, la ocupación principal de los hombres consiste en dispersarse en busca de caza, mientras que las mujeres siguen despacio con sus pesadas cargas. La caza colectiva era más común entre los indios montados que entre los de a pie. Partidas de veinte o treinta *Mbayá* montados, rodeaban una amplia área y gradualmente la estrechaban, empujando a los animales hacia el centro, donde luego los mataban arrojándoles sus mazas o derribándolos desde cerca.

También las partidas de caza invernales de los indios del Bermejo requieren la colaboración de mucha gente. Dos partidas de alrededor de cien hombres cada una, prenden fuego al matorral a lo largo de líneas paralelas; los animales, atrapados entre dos líneas de fuego, tratan de escapar por los extremos, donde se encuentran con los cazadores que los matan con lanzas, mazas o flechas.

El incendiar los pastizales o matorrales, es un método de caza común en todo el Chaco. Y aunque el fuego no levante grandes piezas, siempre pone en fuga centenares de pequeños roedores sobre los cuales los cazadores lanzan mazas cortas de cabeza comba. Los cuerpos carbonizados de los animales sorprendidos por el fuego, se juntan y se comen en el mismo lugar. Más tarde, los indios regresan al área incendiada para acechar los numerosos venados atraídos ahí por las cenizas saladas o por el nuevo pasto denso y tierno.

Los *Mbayá* solían también rodear un espacio abierto entre dos matorrales mediante una débil valla. Cuando una manada pasaba alguna de las pocas entradas del cerco, los indios cerraban las aberturas con cuerdas, y mataban los animales aterrorizados (15). Los *Mocovíes* capturaban avestru-

(15) SÁNCHEZ LABRADOR, 1910, vol. 1, pág. 194: "Buscan los infieles una cañada o campo acomodado y que tenga bosque a los dos lados. Ponen unas ramas de árboles en las orillas de los bosques como cercado pero muy ralo. Después por la entrada y salida del campo, colocan otras ramas del mismo modo. Dejan dos pequeñas puertas. Antes de está tienen ya quemado aquel pedazo de campo. Brota el pasto tierno que luego buscan los ciervos y venados. Entran estos por las puertas en

ces (*Rhea*) de la misma manera, pero empleaban un pellejo fresco lleno de moscas, a manera de cebo.

Desde todo punto de vista, la caza más deseada son los avestruces, los venados y los chanchos del monte. Para llegar al alcance de los rheas, los cazadores se cubren la cabeza y espaldas con manojos de pasto seco u hojas de palma; de esta manera, avanzan despacio sobre los animales, que nada sospechan, hasta que puedan lanzar sus flechas. Los indios del Pilcomayo se disfrazan con plumas de avestruz, y alargando un brazo por encima de sus cabezas remedan los movimientos familiares de su presa de manera tan hábil, que los animales permanecen indiferentes a la presencia del cazador hasta que caen bajo sus tiros. Cuando los *Lenguas* descubren una manada de rheas en una zona de monte bajo, bloquean los espacios abiertos entre los matorrales, y una partida de indios, puesta al acecho en determinados lugares, empuja los animales hacia la valla, la cual, aunque débil, imposibilita su fuga.

Entre los *Mbayá*, los chanchos de monte (*Dicotyles lebiatus* y *Dicotyles torquatus*) se cazan con flechas o a garrotazos en fila cerrada, no obstante el gran peligro a que se exponen al atacar esos animales cuando están excitados. Los chanchos son también empujados hacia un río y los matan en el agua misma, o hacia hoyos profundos cubiertos con ramitas dentro del cual caen uno sobre otro (16).

que no hallan embarazo. Los infieles están ocultos y cuando ven dentro algunos, cierran con unos cordelillos las puertas, atravesándolas de una rama a otra. Entran, ojean los ciervos o venados: huyen estos a buscar salida y como todo lo encuentran atajado, los mata el indio a su salvo. Lo que admira es que no saiten aquellas pocas ramas o que no se pasen por algunos claros, que apenas tienen más defensa que una varita. Nada menos porque el ciervo y venado no sabe bajar la cabeza, siempre la lleva erguida, y temen tanto, que una rama o varita les sirve de espantajo".

(16) SÁNCHEZ LABRADOR, 1910, vol. 1, pág. 195-196. "Andan (los pecaris) en manadas de ciento y de muchos más a veces. En tiempo de frutas silvestres se entretienen en las selvas, mas cuando aquellas faltan, salen a buscar su alimento por los sembrados de los indios. En estas ocasiones, luego corre la voz por el toldo, y salen todos armados de lanzas, flechas y garrotos a darles caza. Unos van a caballo, otros a pie, y todo es bulla. Si tienen fortuna de que no se les metan en el bosque,

Los indios están convencidos de que las vinchas rojas o los ponchos rojos fascinan de tal manera a los ciervos que quedan imposibilitados de escapar, permitiendo así que el cazador se aproxime a alcance de tiro.

Los indios montados realizaban la mayor parte de sus cacerías a caballo. Cazadores mbayás desnudos, montados en pelo sobre caballos especialmente entrenados, perseguían los venados hasta que podían enfrentarlos y derribarlos con garrotes o traspasarlos con sus lanzas. El uso del arco y flecha se limitaba a la caza en aquellos lugares en que el matorral impedía al caballo moverse libremente.

Los jaguares son rodeados por los cazadores armados con lanzas y muertos cuando intentan romper a través del cerco de asaltantes. Los *Mbayá* encerraban los jaguares en un círculo de fuego, y los mataban con garrotes y lanzas. También los capturaban en una trampa, que consistía en un lazo corredizo atado a un vástago que volvía a su posición recta cuando el animal pisaba un disparador. Los *Mocovíes* combinaban este tipo de trampa con el otro representado por un hoyo cubierto.

Los pantanos y lagunas del Chaco abundan en aves acuáticas que son fáciles de matar cuando se sorprenden de noche descansando en los árboles o durmiendo en los charcos. Los

vuelven en media hora cargados de puercos muertos a sus esteras. Todos los *niguidagis* son bravos y feroces cuando se ven acosados. Arrojan espumarajos por la boca, castañetean horriblemente dando diente con diente, sus ojos parecen que centellean. Arremeten al caballo y a los indios y más de una vez esgarretan a aquellos y estos huyen ligeros. Cuando se ven muy perseguidos si hay río cerca, se arrojan al agua, y entonces logran mejor su industria los cazadores. Estos se echan también al agua y como son tan diestros nadadores, a garrotazos inatan muchos antes de que se les escapen a la otra banda. Otro modo de cazarlos es el siguiente: en la senda que dejan al caminar los puercos, la cual no mudan tan fácilmente, se cava un hoyo de dos varas de hondo y dos o tres de diámetro. Cúbrese con varillas, yerba o paja, superficialmente. Vienen los puercos por su camino acostumbrado, y al llegar al hoyo, cae el primero, y trás el muchos otros que le seguían, según su modo de caminar, que es ir unos en pos de otros. Lleno el hoyo, algunos por sobre los otros saltan fuera, mas siempre quedan muchos en lo hondo. Después, desde arriba, se matan con conveniencia y sin susto".

cazadores lanzan sobre ellos una lluvia de palos, o las confunden con antorchas, y las matan luego a su placer.

Indios, cubiertos por manojos de hierbas o por una calabaza, nadan hacia los patos y los ahogan tirándolos de las patas y sumergiéndolos en el líquido elemento. Previamente se tiran otras calabazas al agua, de manera que los pájaros están ya familiarizados con su presencia, y no sospechan el ardid.

Otros animales de menor valor económico que cazan los indios del Chaco son: oso hormiguero, zorros, nutria, yacarés, armadillos, carpinchos, iguanas y, ocasionalmente, tapires. Los yacarés se lancean desde la ribera, o se matan con un arpón con punta de madera o hueso (*Mbayá* y *Mocovíes*). Las nutrias son perseguidas con perros y las matan a porrazos.

Los cazadores llevan talismanes de caza cosidos en cinturones o en pequeñas bolsas. El paquete mágico para cazar avestruces, está hecho de la piel del cuello de un rhea y contiene hierbas, hojas y otros alimentos que suelen ellos consumir. Los indios se frotan el cuerpo con plantas especiales para asegurarse el éxito. En la noche anterior a la partida para una expedición de caza, el indio lengua canta al ritmo de sus sonajeros para atraer la presa a determinadas áreas. Los antiguos *Mocovíes* embadurnaban los hocicos de sus perros y de sus caballos con sangre de jaguar, para hacer que olfatearan al animal desde lejos.

Los cazadores matacos y lenguas arrancan siempre las plumas de la cabeza a los pájaros que han cobrado, y las dispersan a lo largo para confundir y engañar a los espíritus de las aves. Los *Lenguas* se sirven de imágenes de cera como talismanes de caza. Los *Pilagá* se pintan de negro cuando cazan avestruces, creyendo que las aves no les reconocerán.

Distribución de la caza

Cuando algunos cazadores *mbayás* cazaban juntos, el hombre que daba el golpe mortal al animal tenía el primer derecho a la res muerta, y los cazadores la dividían bajo su

dirección (17). Los *Mocovíes*, por el contrario, daban la pieza a la persona que le pegó primero, aun cuando el animal hubiese sido muerta por algún otro (18). El jefe de una partida de cazadores *mbayás* recibía el corazón del animal cobrado.

Consumo de alimentos

A menos de que estén bajo la influencia de alguna creencia mágica, los indios chaquenses muestran poca discriminación en lo que a la elección de su alimento respecta. Los que viven en un medio difícil, como los *Matacos* del interior, son menos escrupulosos en lo que a su menú se refiere. Ellos comen sin repugnancia osos hormigueros, gatos monteses, nutrias, zorros, armadillos, tortugas de tierra, serpientes de agua, ranas, caracoles y lagartos, y huevos de avestruz en cualquier condición.

Tabús alimenticios. La mayoría de los chaquenses creen firmemente que las propiedades de un animal son fácilmente transmisibles a aquellos que comen su carne. Para absorber la fiereza del jaguar, el *Abipón* se sentía feliz con poder saborear hasta el más mínimo bocado de su carne o beber su grasa. Por otra parte, temiendo adquirir "pereza, postración y cobardía" despreciaban las gallinas, las ovejas y las tortugas. Algunos tabús alimenticios están determinados por la edad de los individuos, y se basan en el supuesto de que la gente vieja que ha perdido su arrojo no necesita temer el contagio de ciertos alimentos. Así, los *Matacos* de cabello gris comen armadillos aun cuando el tiempo está frío; este animal tiene fama de hacer perezosa a la gente joven, en razón de que suele retirarse bajo la basura cuando el aire está fresco. Las carnes de zorrino y zorro son igualmente comidas sólo por personas de edad avanzada. El tuétano de venado gustaba mucho a los viejos *Mocovíes*; pero les estaba estrictamente prohibido a los jó-

(17) SANCHEZ LABRADOR, 1910, vol. 1, pág. 292: "Ésta (la presa) es toda de quien fué el último que le dió el golpe. Nadie se la disputa, y la lleva a sus esteras, y la reparte a su arbitrio".

(18) FURLONG, 1938 a, pág. 106.

venes guerreros por razones contenidas en un mito. El *Mataco* nunca come chanco rocio (pecarí), a menos que no lo ataque un dolor de muelas y dé diente con diente, al igual que este animal cuando está furioso. El hígado de cualquier animal produce el deterioro de los dientes. Los *Matacos* y *Tobas* también creen que la carne de la más grande de las dos especies de pecaríes, pueda producirles úlceras en la nariz. Esta aversión alcanza también al cerdo domesticado (19). El *Mataco* también evita la carne de venado, que provoca dolor en la nariz.

Pese a que los huevos de avestruz, frescos o a medio empollar, son un plato favorito, los de gallina no se comen nunca. La leche, fácilmente obtenida de vacas, ovejas y cabras, se evita, ya que, de acuerdo con su creencia, transmite los caracteres no deseables de estos animales.

Métodos de cocina. La carne se asa al asador, o se hierva. Los *Matacos*, *Chorotis*, *Ashluslay* y, probablemente, muchos otros pueblos, asan las piezas enteras de animales en hornos de tierra. Es esto un hoyo redondo, más ancho abajo que arriba, en el cual se quema leña. Luego se retira parte de las cenizas, y el animal desollado se coloca en el hoyo y se cubre con paja y tierra. El horno de tierra de los *Ashluslay* está munido de un embudo lateral.

Cuando se asa el animal, nada se desperdicia; los intestinos se exprimen simplemente, y su contenido a medio digerir se conserva a menudo como "verdura". Cuando asan pequeñas ratas de campo, a las que están muy aficionados, ni siquiera se molestan en abrirlas. A los *Matacos*, no les gusta la carne bien cocida.

Una especialidad culinaria de los *Kaskihá* está representada por una especie de pastel o embutido hecho con el hígado picado de un avestruz, sangre y grasa, con el que se rellena el esófago del ave, y se asa bajo la ceniza. Si sobra grasa,

(19) El temor a la carne de puerco es particularmente fuerte entre los *Matacos*. Una mujer de la misión de *San Andrés*, afectada de "mal de Chagas", atribuía su dolencia a la presencia en su choza de un trozo de puerco. La carne de venado, tendría el mismo efecto.

se mezcla con huevos de rhea y sal, y el todo se pone en una vejiga a fin de cocerlo de la misma manera (20).

El pescado se ensarta en las dos mitades de un palo hendido, el cual se hinca cerca del fuego. A veces los *Tobas* recubren el pescado con arcilla y lo asan bajo las cenizas.

El pescado asado se conserva mucho tiempo, y se guarda sobre el techo de las chozas. Las entrañas y el hígado graso de pescado o caza se fríen, y la grasa derretida se usa como salsa para ser comida con algunas verduras o con la carne misma.

La mayor parte de tubérculos silvestres recolectados por los *Matacos*, se hierven durante un día entero antes de consumirlos, o se tuestan y luego se cuecen en agua. Uno de los manjares del bosque más apetitosos, es una enredadera que en mataco se llama *xwiyelax*; se tuesta también y luego se hierva. Las hojas comestibles de bromelia se hornean en las cenizas. Las semillas de la misma planta se tuestan, se majan y luego se hierven (21). Los frutos del tasi se tuestan en la ceniza, y se comen con grasa de pescado.

La manera propia de comer las vainas de algarrobo y tusca, y los frutos de tusca, es majarlos en un mortero y luego mezclarlos con agua. Todos se sientan alrededor del recipiente que contiene las gachas, toman un puñado de ellas y chupan la masa, volviendo a poner las semillas o piel no comestibles. De esta manera se sigue hasta que no quede nada substancial. Los

(20) COMINGES, 1892, pág. 180: "Los hígados del avestruz, después de asarlos ligeramente, fueron picados y revueltos en un mate, con toda su sangre y parte de la grasa, cuya pasta introducida con gran presión dentro del exofago, formó una especie de larga morcilla bien atada por sus extremidades. Los huevos revueltos en el mismo mate, y batidos con el resto de la grasa y raspaduras de una especie de sal llamada *hosik* extraordinariamente sabrosa, rellenaron la vejiga, la que en compañía de la morcilla y envueltas ambas en frescas hojas de pampas, fueron enterradas entre la ceniza del hogar donde se asaba el resto".

(21) La especie bromelia llamada *kitsax* se usa tanto para la confección de cuerdas, como para la alimentación. Existe una tercera bromelia conocida por *alitsax* que no tiene valor alimenticio, y sirve sólo para hacer cuerdas y cordeles. Esta contiene agua en la base de sus hojas.

Lenguas, los *Mbayá* y probablemente otros indios chaqueños, hacen pasteles de harina de algarrobo amasada con agua y horneados. Los frutos del chañar se hierven, aplastan en un mortero, y luego se amasan formando bolas. Los cogollos terminales de las palmeras (los palmitos), se comen crudos, asados o hervidos. Los *Mbayá* obtenían la médula feculenta de las palmeras extrayendo las largas fibras de la parte inferior del tronco, que están llenas de esta substancia. Se chupan después de majarlas en un mortero, o bien se secan al sol sobre una plataforma o sobre el fuego, se cuele la masa a través de una malla, y luego se le da forma de panes o tortillas. Los frutos de las palmeras se comen crudos o tostados en las cenizas; sus carozos se abren para extraer la semilla, y, si alguna carne queda aún adherida a ellos, se hierven formando horchata espesa. Los *Tobas* modernos majan en un mortero la médula de la palma carandaí, y la hierven hasta convertirla en gacha. Los porotos se hierven o tuestan en la ceniza cuando son verdes.

Al final del verano, los indios del Pilcomayo y Bermejo consumen grandes cantidades de vainas que tienen el aspecto y el gusto de habichuelas, y por eso se llaman "porotos del monte" (*Capparis retusa* GRISEB.). Deben ser hervidas en cinco aguas distintas para quitarles su gusto amargo. Los *Mbayá* hervían las semillas de la calabaza confitera, las majaban en un mortero y luego las hervían de nuevo hasta que se convirtieran en una masa espesa.

Los indios comen el maíz tierno ya sea tostado en las cenizas, ya hervido. Más tarde, lo hierven o majan convirtiéndolo en harina. Los *Matacos* tuestan los granos de maíz sobre un disco de arcilla, los muelen y comen la masa mezclada con agua.

Conservas. En verano, los indios recolectan grandes cantidades de algarrobo o chañar, que comen varios meses después de terminada la cosecha; pero estas provisiones raras veces duran hasta el correspondiente período de escasez en invierno. Las principales reservas alimenticias consisten en "porotos del monte", "naranja del monte" (*Capparis speciosa* GRISEB.) se-

cadás (22), los frutos venenosos de la sachasandía (*Capparis salicifolia* GRISEB.) y calabaza confitera ahumada o secada. Los "porotos del monte" y la "naranja del monte" se hornean a menudo en un horno de tierra, antes de ser expuestos al sol. Las semillas de la "naranja del monte" se hierven y secan al sol hasta que están tan duras como la piedra, y puedan ser guardadas durante más de un año. Estos alimentos se amontonan en un rincón de la choza o en silos especiales.

Estos trojes, muy comunes entre los *Matacos*, pero más raros a medida que se va hacia el este, se construyen sobre pilotes, de acuerdo con el modelo de los silos chiriguano, aunque son mucho más chicos que éstos. El techo, que corona una baja plataforma, es achatado, y las paredes están imperfectamente cerradas con ramas. Estos depósitos contienen los frutos reunidos por las mujeres de la casa, y devienen su propiedad mancomunada. Si alguien pide que se le dé algarroba, la mujer principal de la casa hace la distribución.

Las semillas de la "naranja del monte" pueden consumirse sólo después de un largo tratamiento que las ablanda y les quita su amargo sabor. Se majan en un mortero para romperles la cáscara, y luego se pelan a mano. Después de esto se acumulan en un saco y se ponen en agua durante una noche entera. Finalmente se hierven en varias aguas, y a veces se vuelven a majar en un mortero.

Los frutos de la sachasandía deben sufrir cinco ebulliciones distintas para desembarazarlos de su elemento ponzoñoso.

Insectos. Las nubes de langostas que cruzan el Chaco de tanto en tanto, se convierten en un importante recurso alimenticio. Los *Mocovíes* empujaban los insectos hacia un gran fuego de paja que los chamuscaba, o los juntaban a centenares y los tostaban sobre fuego. Las langostas tostadas o secadas se majan a menudo en un mortero, y luego se hierven en agua o se fríen en aceite de pescado (*Mocovíes, Lenguas, etc.*).

(22) Los frutos de la "naranja del monte" se ensartan en una cuerda de caraguatá, y se cuelgan en algún rincón de la choza. Se hierven en tres aguas diferentes. Estos mismos frutos pueden también secarse sobre fuego.

Los *Mocovíes* guardaban la langosta que no han podido comer en el mismo lugar; también sabían cómo preparar una masa con los huevos de la langosta.

Los indios del Chaco —capitalmente los *Mbayá*— se deleitan con las gordas larvas de escarabajo que medran en las palmas. Estas se fríen en su propia grasa.

Condimentos. Los indios del Chaco sazonan sus alimentos con las cenizas de diversas plantas, por ejemplo: la vidriera (*Mocovíes* y *Abipones*), el saladillo (*Ashluslay*), la mata oe (*Tobas*), el árbol xwiti (*Matacos*), etc. Los grupos que viven cerca de los Andes obtienen sal gema de los *Chiriguano*s o *Quichuas* de la región de Tarija, donde existen grandes depósitos de sal que ha sido objeto de un continuado tráfico desde tiempos prehispánicos.

Los *Tobas* condimentan sus alimentos con pequeños frutos ovales de un sabor parecido a la pimienta, y que se llama "ají del monte".

Utensilios de Cocina. Los pueblos chaqueños que cultivan la mandioca, como los *Ashluslay*, *Chorotis* y ciertos grupos *matacos*, la rallan sobre ralladores hechos de un pedazo de madera en la cual están engastadas astillitas del mismo material. Este instrumento es probablemente raro, ya que su existencia ha sido señalada solamente por Nordenskiöld.

Para abrir y limpiar el pescado, los indios usaban antes un trozo cuadrado de madera dura con bordes agudos, el cual hoy día es a menudo reemplazado por imitaciones en madera de los cuchillos de acero.

Calabazas y valvas de moluscos sirven, respectivamente, como platos y cucharas; pero las auténticas cucharas de madera son talladas por los indios cercanos a la Cordillera, que están sujetos a influencias andinas. En muchos pueblos (*Tobas*, *Ashluslay*, etc.), las cucharas de cuerno se han vuelto populares desde la introducción del ganado. Los *Pilagá* también fabrican largos vasos ovalados de arcilla, que utilizan como cucharones en lugar de las valvas. Los *Mocovíes* poseían también cucharas de cuero crudo, a las cuales daban la forma apropiada colocando la piel húmeda en un agujero hecho en el suelo.

Los morteros se hacen de la madera de la parte inferior de los troncos de palma o espinillo (*Acacia* sp.), y son siempre pequeños, a fin de poder ser transportados fácilmente durante las frecuentes migraciones del grupo. Los mangos de los palos de cavar sirven como manos de mortero. Cuando los *Mocovies* y *Ashluslay* viajan, improvisan morteros excavando hoyos en el suelo, y revistiéndolos con pieles o arcilla endurecida.

Domesticación

En los tiempos modernos, los indios del Chaco se hallan rodeados de jaurías de perros hambrientos que son un constante peligro para los alimentos, y para toda clase de objetos situados a su alcance. La actitud de los indios frente a los perros, es peculiar: los dejan morir de hambre y los tratan de una manera bastante poco amistosa; sin embargo, se sentirían lastimosamente ofendidos si alguien pretendiera matar alguno de sus perros. Los voraces animales devoran cualquier cosa que puedan morder, desde vainas de algarrobo hasta pieles y excrementos humanos. Están siempre dispuestos a ladrar al menor ruido, y así son útiles como guardianes, pese a que reaccionan de la misma manera al acercarse animales u hombres. Los *Pilagá* y *Matacos* tienen perros que adiestran para la caza de chanchos del monte, conejos o iguanas. La mayor parte de sus perros conocen la manera de hacer salir un armadillo de su madriguera. Los *Matacos* están orgullosos de los perros que se "alimentan solos", es decir, que son capaces de cazar conejos por propia cuenta.

Los antiguos *Abipones* y *Mbayá* estaban mejor dispuestos hacia sus perros que los indios del Pilcomayo. Las mujeres habrían amamantado cachorros, y siempre se habrían asegurado de que todos los perros las seguían cuando trasladaban el campamento. Premiaban a sus perros de caza dándoles las entrañas de las piezas cobradas.

Desde un punto de vista puramente zoológico, los perros del Chaco son mestizos de diversas razas europeas; pero, si Krieg está en lo cierto, algunos de ellos pueden ser puestos en relación con miembros americanos nativos de la familia canina. Existe, sin embargo, alguna evidencia histórica de que los

chaquenses no domesticaron al perro antes de su contacto con los blancos. Los *Machicuy* (un pueblo *Mascoy*) recibieron sus primeros perros a fines del siglo XVIII, y los *Mbayá* han de haberlos adquirido sólo un poco antes.

En una época muy temprana, probablemente a fines de la centuria XVII, la mayoría de los pueblos del Chaco comenzaron a criar ovejas, y eran propietarios de grandes manadas. Fuera de los caballos, las ovejas eran los animales que de mejor buena gana robaban a los blancos. En una aldea *Ashluslay* de alrededor de 400 habitantes, *Nordenskiöld* contó 500 ovejas y cabras (23).

El tejido, probablemente de poca importancia en la época prehispánica, se desarrolló considerablemente después de la introducción de ovejas. Los *Ashluslay* evitaban comer carne de carnero y de otros animales domesticados.

Los *Abipones* y *Mocovíes* robaban miles de cabezas de ganado de las estancias españolas; pero nunca se convirtieron en pastores como los *Guajiros*. Gran parte del ganado robado era sacrificada para atender las necesidades inmediatas, y las existencias se completaban con el producto de las incursiones siguientes. No hace mucho tiempo que los *Mbayá* cazaban el ganado cimarrón que pastaba en su territorio, exactamente de la misma manera que hacían con los venados.

Las cabras son bastante comunes en las aldeas de los indígenas del Pilcomayo. También las crían por su carne. Los indios, como regla general, han expresado siempre el mayor disgusto frente a la leche, repugnancia que se explica por el miedo de contraer a través de su uso, alguno de los caracteres desagradables de este animal.

La adopción del caballo por distintos pueblos del Chaco, modificó en tal forma su cultura, que la materia requiere capítulo especial.

Los asnos tienen gran demanda entre las tribus occidentales que nunca han poseído muchos caballos. Ellos transportan la cosecha de algarrobo y los enseres domésticos en los cambios de campamento, aliviando así a las mujeres de sus más pesadas

(23) *Nordenskiöld*, 1912 pág. 55.

tareas. En la misma aldea ashluslay arriba mencionada, Nordenskiöld vió también alrededor de 200 vacas y el mismo número de caballos.

Los pollos se han extendido con gran rapidez por el Chaco, pero nunca han desempeñado un gran papel en la economía de los indios.

A pesar de los numerosos animales domesticados que se han dicho, los indios gustan de tener muchos más; y hasta se ha dicho que las mujeres abiponas habían criado cachorros de nutria.

Los *Guaná*, los *Mbayá* y los *Mocovíes*, al igual que muchos pueblos amazónicos, arrancan las plumas de los loros verdes mansos, y frotan los puntos desnudos con pigmentos extraídos de raíces de diferentes árboles. Entonces las plumas nuevas crecen de color amarillo, que es el color favorito en plumas ornamentales.

Caballos

Los *Abipones* y *Mbayá* han de haber tenido enormes manadas de caballos, si Dobrizhoffer no exagera cuando relata que un guerrero podía regresar de alguna incursión con no menos de 400 caballos, y que 100.000 yeguarizos fueron capturados por los *Abipones* en el término de 50 años (24). Los 380 *Caduveos* que en 1802 fueron reducidos en Albuquerque poseían 1.200 caballos. Los *Mbayá* de la región de Coimbra tenían de 6 a 8 mil caballos. La posesión de tantos caballos obligó a estos indios a buscar pastoreos adecuados y a modificar su economía entera.

Los *Mbayá* cuidaban mucho a sus caballos. Si estaban enfermos, los sangraban. Les extraían los gusanos, y, si un potrillo nacía durante un viaje, lo llevaban sobre otro caballo (25).

Tanto en el adiestramiento como en el montar, los indios tendían a seguir los estilos españoles. Cuando, por ejemplo,

(24) DOBRIZHOFFER, 1782, vol. II, pág. 15.

(25) SÁNCHEZ LABRADOR, II, pág. 298.

vieron entre los españoles caballos de paso portante, hicieron lo posible para adiestrar sus propios animales de la misma manera. Los caballos de los indios estaban bien adaptados a la vida del Chaco. Corrían a través del matorral esquivando palmas y árboles espinosos sin que el jinete los guiara, y estaban tan bien adiestrados para la caza, que al menor toque reaccionaban inmediatamente cuando se veía u oía algún animal (26). A algunos caballos abipones se les enseñaba a esperar a sus dueños sin moverse, y los caballos mbayás eran tan mansos que sus jinetes podían montarlos apoyando el pie entre sus rodillas. Los *Mbayá* domaban sus caballos dirigiéndolos hacia un pantano y montándolos hasta que quedaban agotados; como resultas de este temprano entrenamiento, los caballos podían cruzar los pantanos con gran facilidad (27).

Cuando los indios adoptaron el caballo, habían tenido demasiado poco contacto con los españoles para poder adoptar también sus primorosos arreos. En los primeros tiempos, la

(26) SÁNCHEZ LABRADOR, 1910, vol. I, pág. 291: "Después que entre los españoles se vieron cuartagos y caballos de paso, observaron el modo de enseñarlos. No necesitaron de otra cosa: luego adiestraron algunos con tan buen arte como los mismos españoles. Con ésto todos han mantenido un continuo comercio, llevándoles caballos por lo que ellos necesitan. Es verdad que no se desposeen de lo que ellos más aprecian para sus andanzas y desempeños en la caza, en que obran los animales con el continuo ejercicio casi con más juicio que sus amos como que salen de sí en viendo la caza; mas los caballos miden sus pasos, y salvan grandes estorbos de matorrales y hormigueros, sacando airoso a los cazadores. En muchas ocasiones me costó gran trabajo sujetar al que llevaba. Gritaban los cazadores, y al punto se inquietaba por seguir al avestruz o venado".

(27) SÁNCHEZ LABRADOR, 1910, vol. I, pág. 290: "Cuando quieren domar algún potro, se juntan dos o tres indios, le cogen, derriban y tusan los clines. Pónenle unas riendas de hilo del cardo *nagacole*, y se meten con él en un lodazal ó pantano. Uno tiene la rienda y otro con una varita lo arrea. Hácenle pasear, cayendo y levantando por el barro. Cuando ya conocen quebrantado el brío del bruto, de un salto le monta uno de los domadores: y llévale por el barrial metiéndose hasta más arriba de las rodillas el animal en el lodo. Algunas veces se azota contra el suelo; no importa: el jinete es diestro en evadir que le oprima, y por otra parte, no se le ensucia la ropa, porque va en cueros. A pocas horas ya está manso".

brida era a menudo una cuerda o un trozo de piel atado a la mandíbula del caballo. Las sillas de montar eran muy raras y los hombres las usaban raramente. Todavía en 1762 los hombres mbyayás montaban en pelo, aunque sus mujeres usaban ya la silla.

Sin embargo, los indios tomaron, gradualmente, más interés en los complicados arreos y sillas de montar, que eran el orgullo de los jinetes criollos. En el siglo XVIII, los *Abipones* y *Mocovíes* imitaban en madera o cuerno los bocados de hierro en forma de zarzo de los españoles, que llenaban la boca del caballo y ejercían presión sobre su lengua (28). Por la misma época, los *Mbayá* conducían sus caballos con un simple freno de madera, o con una tira atada alrededor de la mandíbula del animal y sujeta a una brida de cuero o de pelo de mujer. Sus arreos estaban ataviados con láminas de metal, cuentas y campanillas. Las bridas y cabestros de los *Mocovíes* eran a menudo trenzadas de tiras de cuero mezcladas con cañones de plumas a manera de ornamento.

La silla de montar de los *Abipones* nos es descrita por Dobrizhoffer (29) como una "piel cruda de toro almohadada con manojos de pasto". Estos manojos o bastos, en número de dos, que quedaban a ambos lados de la espina dorsal del caballo, tenían como finalidad prevenir las llagas que provoca la silla, y eran también parte integrante de las monturas de los *Mbayá*, *Mocovíes* y *Pilagá*. Por encima de los bastos, los *Mbayá* colocaban varias esteras de juncos cubiertas con una gran piel de venado o mantas adornadas con cuentas. Las pieles de jaguar eran consideradas por los *Abipones* como las cubiertas más elegantes para la montura.

Los jinetes mocovíes y pilagás eran los únicos indios del Chaco que usaban estribos y espuelas. Sus estribos eran de lo más rudimentario: un anillo de madera, lo suficientemente grande para poder pasar dos dedos del pie, o una simple vara

(28) DOBRIZHOFFER, 1782, II, pág. 120 (edic. latina) "cuerno de vaca atado en ambos lados a 4 pequeñas piezas de madera colocadas transversalmente, y a una doble tira que reemplazaba la brida".

(29) 1782, II, pág. 120.

o disco sobre el cual el jinete podía poner dos dedos del pie. Las espuelas, que nunca eran más de una, eran una simple horqueta sujeta al talón con la rama prolongada algo aguzada.

Los hombres abipones montaban sus caballos por la derecha, apoyándose en sus largas lanzas; sus mujeres, en cambio, montaban por la izquierda y sin ayuda alguna (30).

Las mujeres mocovíes ensillaban los caballos de sus maridos, y los llevaban al campo a pastar, o iban en su busca. Los *Mocovíes* ataban avestruces disecados sobre el lomo de sus caballos para alejar de ellos las moscas.

Comercio

Siempre han existido activas relaciones comerciales entre los pueblos del Chaco y sus vecinos por el este y oeste, y también entre los distintos grupos de aquella región. En un documento de 1593 hay una expresa referencia a relaciones comerciales entre los indios de la montaña y los del Bermejo; de ahí recibían los primeros "pieles de venado, plumas de avestruz y garza real, y pieles de gato montés". Los primeros conquistadores hallaron adornos frontales y láminas de plata entre los *Mbayá*. Una de las rutas comerciales, por la cual los bienes peruanos llegaban al Paraguay y Brasil meridional, pasaba a través del Chaco.

Después de que Alvar Núñez Cabeza de Vaca (31) hubo restablecido la paz entre los *Mbayá* (*Guaycurú*) y los *Guaraníes*, los primeros iban frecuentemente a Asunción para intercambiar caza y pescado asados, pieles, grasa y textiles de caraguatá, por maíz, mandioca, maníes y arcos y flechas.

Durante el período colonial, los *Paisané* del Bermejo medio obtenían caballos de los *Abipones* y *Mocovíes* de Santa Fe, los que pagaban con lanzas. Los indios de la frontera que recibían herramientas de hierro de los españoles, las trocaban luego en los pueblos del interior.

(30) DOBRIZHOFFER, 1782, II, pág. 120: "Con la mano derecha asían la brida, y con la izquierda una lanza muy larga, apoyándose sobre la cual saltan con el impulso de ambos pies sobre el lomo del caballo".

(31) 1852, *Comentarios*, pág. 566.

Los *Tobas* y *Chorotis* recibían sus collares de valvas de moluscos de los *Tapieté* y *Ashluslay*, y es probable que los últimos los obtuvieran de los *Lenguas*.

El pigmento conocido por *rucú* viene del Chaco septentrional, y pasa de mano en mano hasta alcanzar los pueblos del Bermejo.

Los *Chiriguanos* y *Tobas* intercambian visitas durante las cuales truecan maíz por pescado seco o ahumado.

Los *Guachí* del río Miranda solicitaban de los *Mbayá* que les trajeran mantas, plumas, cañas para astiles de flecha y alimentos diversos, que ellos cambiaban por cuchillos, tijeras, cuentas, agujas y láminas de plata. Pero, pese a estas relaciones comerciales, los *Guachí* no estaban inclinados a permitir a los *Mbayá* que entraran en sus aldeas (32).

2. LA RELIGIÓN DE LOS INDIOS CHAQUENSES

Los misioneros siempre han fallado en su empeño de hallar en la religión de los indios chaquenses el concepto de un Ser Supremo. *Peritnalik*, el Dios Creador de los *Tobas*, tal vez sea de carácter mitológico, pero seguramente que no es una deidad nativa. El Escarabajo, que de acuerdo con los *Lenguas* creó el Universo y lo pobló con espíritus y con hombres, permanece apartado de su Creación, y nunca es invocado. El único ente mitológico que se aproxima a un Dios Supremo, es *Eschetewuarha* de los *Chamacocos*. Ella es la Madre de numerosos espíritus; lo domina todo, y cuida de que el Sol no quemé la tierra, y de que la Humanidad tenga agua. Ella espera de los hombres que canten para ella todas las noches, y los castiga si descuidan su deber (1).

Entre algunos pueblos del Chaco, los cuerpos celestes o los fenómenos naturales están personificados y se les considera serviciales o peligrosos, pero no existen pruebas de que se les rinda un culto regular. Los *Abipones* y *Mocovíes* se dirigían a las Pléyades como si se tratara de un ser viviente, y las

(32) SÁNCHEZ LABRADOR, 1910, I, pág. 68.

(1) Ver BALDUS, 1931, pág. 77.

llamaban "Nuestro Gran Padre". Explicaban su desaparición como producida por una enfermedad, y se alegraban cuando reaparecían en el mes de mayo. Felicitaban las Pléyades como si realmente fueran un hombre; sin embargo la fiesta que seguía a su aparición sobre el horizonte, no puede ser interpretada como un culto formal dirigido a estas estrellas. Rodríguez de Prado (2) dice expresamente que los *Mbayá* celebraban la aparición de las Pléyades, no porque las consideraran como una deidad, sino porque anunciaban la estación de las nueces de mbocayá. Los *Payaguá* y *Terenos* consideraban la vuelta de las Pléyades como una señal para la ejecución de ritos mágicos y para diversas festividades.

Cuando la luna nueva brillaba en el cielo, los *Mbayá*, *Tobas* y *Mocovíes* daban señas de gran alegría, las que han sido erróneamente interpretadas como la expresión de un culto lunar. Los *Mocovíes*, sin embargo, pedían a la luna fuerza física, y los jóvenes tiraban de sus narices, para mejorar su forma. Los *Mbayá* saludaban también al lucero del alba con estas palabras: "Aquí viene nuestro amo"; pero la expresión estaba desprovista de todo significado profundo.

Los shamanes maticos se representaban al Sol como a un hombre sabio, a quien consultaban a pesar de los muchos peligros que derivaban de este procedimiento. Para los *Tumereha* el Sol es un poderoso demonio que envía enfermedades, y que elige a los que él desea que sean shamanes.

Los *Maticos* atribuyen la menstruación a las misteriosas relaciones que la Luna tiene con las jóvenes muchachas. Mitos pilagás nos hablan de cómo el Arco Iris secuestraba niños o mataba gente moviendo su lengua alrededor de su cabeza. El rayo (*Kasurunra*), es un pequeño y velludo hombre o mujer que necesita humo para volver al cielo (*Tobas* y *Pilagá*). Los *Maticos* personifican también al Gran Fuego que arde en el extremo del mundo.

Las epidemias son generalmente imaginadas como demonios que hacen estragos entre la Humanidad. El demonio de la viruela vive en las montañas y tiene la cara llena de

(2) 1839, pág. 35.

pequeños hoyos (*Matacos*). Los *Lenguas* temen mucho al "Blanco", demonio de los pantanos o lagunas, que se supone navega sobre las aguas. Los bosques y ríos están llenos de demonios especiales (*hropli?ik*: "moradores del agua" de los *Pilagá*) y sus relaciones con los hombres son relatadas en muchos cuentos. Los demonios de los bosques (*guara*) de los *Tumereha*, tienen algunos caracteres caninos, que ellos derivan del padre, un perro mítico que se unió con una mujer.

Algunos animales tienen un "Amo", un espíritu que impide su destrucción en grande por los cazadores. Por ejemplo, el "Amo de los peces" se irrita, dicen los *Pilagá*, cuando los peces son apresados y luego dejan que se pudran.

Aparte de estos demonios, el mundo de los indios está lleno de espíritus no personificados que no son ni duendes ni fantasmas. Se ha dicho que el objeto o animal que inspira miedo o pavor a los indios chaquenses era el receptáculo de un espíritu maligno. Un tal punto de vista se basa en interpretaciones arbitrarias, y no en manifestaciones reales de los indígenas. En lengua toba, la palabra *payak* significa espíritu, pero la misma palabra se aplica, como adjetivo, a toda clase de fenómenos y animales que parecen raros, misteriosos o desconocidos. Los torbellinos son *payak*, lo mismo que los escarabajos negros y los objetos que un hechicero extrae del cuerpo de un paciente. Así, *payak* es una palabra que significa "sobrenatural" o "espiritual", y no implica necesariamente que el objeto o ser *payak* esté realmente poseído por un espíritu.

Los *Matacos* distinguen entre el *husek* que es el alma de una persona, y el *ahat* o espíritu. Las almas de los muertos son muy temidas, pero no más que espíritus tales como el *ho?nat-Lele* ("habitantes de la tierra") y los *welan* que residen en árboles, principalmente en los grandes palo-borrachos (*yuchan*). Entre los *Matacos-Nocten* de Bolivia, la palabra *aitax* parece haber tenido el mismo significado que *payak* en toba, si la definición de Karsten (3) es exacta.

Los indios chaquenses no viven en realidad en el temor constante de agresión por espíritus, que les atribuyen algunos

(3) 1932, pág. 119.

autores. Los indios admiten que estos seres sobrenaturales son especialmente nocivos durante la noche, y están prontos a interponer cualquier ruido extraño como pruebas de la presencia de un espíritu; pero durante el día muestran poco interés, salvo si algo definido revela su interferencia. Ante todo, los espíritus traen enfermedades. Cualquier comunidad, en la que ha ocurrido una muerte, está también expuesta a ataques por parte del espíritu del difunto. Un cazador debe tomar precauciones para prevenir la venganza del espíritu del animal muerto. A este propósito, aquellos que han matado un pájaro, le arrancan las plumas del cuello y las esparcen en el camino con la esperanza de que el espíritu del ave pierda tiempo reuniendo las plumas, permitiendo así a los cazadores regresar salvos a sus hogares.

Las actividades de un espíritu son consideradas sólo buenas, cuando están al servicio de un hechicero o de un hombre que ha tenido una visión. Únicamente aquellos que han establecido contacto personal con un espíritu, pueden contar con su ayuda. Un *toba* enfermo puede dirigirse a su espíritu familiar o guardián con estas palabras: "No dejes que caiga más mal sobre mí; ya he sufrido mucho" (4). No hay otros ejemplos de tales oraciones a los espíritus. Por otra parte, los tratamientos mágicos de enfermedades entre los *Tobas* y *Matacos*, siempre incluyen un ficticio ofrecimiento de bienes al espíritu o demonio que ha causado la enfermedad. Se reúnen toda clase de objetos de valor, y le son luego presentados en la inteligencia de que estará satisfecho con la esencia inmaterial de los mismos.

Ritual

El ritual mágico de los indios chaqueños sigue por lo común, modelos muy simples. Todas sus ceremonias poseen un carácter coercitivo, y son dirigidas ya sea a sujetar algún poder maligno, o a ejercer una influencia directa sobre la Naturaleza o los hombres. Esta virtud es atribuida al canto y al

(4) 1932, pág. 172.

sonido de la calabaza sonajera que acompaña al canto, ya que la mayoría de los ritos mágicos chaquenses consisten en la monótona repetición de un tema melodioso con palabras o sílabas sin sentido. Muy raramente el sortilegio incluye una corta sentencia, generalmente una invitación al mal a que se vaya. El cantor comienza generalmente con un murmullo bajo, que sube gradualmente, y luego cae en un tono profundo. Un indio del Pilcomayo cantará y sacudirá su sonajero en las siguientes ocasiones: para mantener apartados a los espíritus malignos cuando un peligro amenaza en la noche; para ganar los favores de una muchacha; para traer buena suerte a las mujeres cuando recolectan frutos; para asegurar una buena caza o pesca; y para provocar la fermentación de la cerveza de algarroba. Cuando un grupo de hombres pilagáes está por salir de viaje, las mujeres viejas saltan a su alrededor, levantando ambos brazos y cantando algo que es una especie de bendición. Entre los antiguos *Abipones* uno de los principales deberes de los shamanes femeninos era bailar y cantar en cualquier circunstancia solemne.

El batir de un tambor, aunque se recurra menos frecuentemente a él, tiene la misma importancia ritual que el retintín de un sonajero de calabaza. Entre los *Matacos*, los tocadores de tambor tratan de activar la maduración de las vainas de algarrobo, y también de ayudar a las jóvenes en el período crítico de su primera menstruación. Los espíritus son disuadidos muy fácilmente por el retintín de las pezuñas de venado o de los cascabeles que los shamanes y sus asistentes llevan prendidos de sus tobillos y cinturas, cuando curan una persona enferma y tratan de expeler al intruso sobrenatural.

Muchos bailes chaquenses tienen un definido valor ceremonial. Así, al final de la estación seca, las mujeres tobas se reúnen en una danza bajo la dirección de un shaman. Durante ella, se arrojan al suelo como si estuvieran poseídas de repentina enfermedad. Los hechiceros tratan de curarlas, mientras otros bailarines dan vueltas alrededor de ellas golpeando el suelo, gritando y sacudiendo sus sonajeros. La función de esta danza es asegurar la salud de las mujeres durante el verano. La "Danza del Jaguar" de los *Tobas* es también de naturaleza profiláctica, ya que se supone que protege las mu-

jeros de los ataques de los jaguares. Muchachos y muchachas bailan en círculo, azotando cada muchacho con un trozo de paño el lomo de la muchacha que va delante de él. Las jóvenes caen al suelo; y el shaman que representa la parte del jaguar chupa y sopla sobre sus cuerpos.

Los muchachos chorotis que desean inducir a las jóvenes a que se casen con ellos, danzan en círculo alrededor de ellas, entrelazándose mutuamente los brazos alrededor de la cintura. Luego saltan con ambos pies, simultáneamente, golpeando fuerte sobre el suelo al compás de un muy ruidoso pero monótono canto. Cuando las jóvenes llegan a la mayoría de edad (*Matacos*, *Chunupí*, *Lenguas*) las mujeres y los muchachos de la comunidad efectúan una danza ritual dramatizando los ataques de los espíritus y su derrota final.

Cantando y bailando hasta quedar agotados, los *Tobas* tratan de llevar la fruta del chañar a rápida madurez. Los *Chorotis* danzan alrededor de un pescado con la esperanza de que la ceremonia haga reunir en gran cantidad a los peces en un determinado lugar.

La danza predomina en el tratamiento de las enfermedades: mientras que el shaman mataco sopla sobre un paciente y murmura encantamientos sobre su cuerpo, varios asistentes que llevan puestos cinturones con cascabeles y ajorcas de pezuña de venado, realizan una danza que es una especie de baile cadencioso y semisaltado. Según los *Matacos* el baile ahuyenta al demonio de la enfermedad o lo cansa, ya que es obligado a unirse al coro.

Cuando llueve sin truenos —una señal de que los espíritus están bien dispuestos—, los *Chamacocos* se visten con sus mejores galas; y con cascabeles sujetos a su manos y pies se entregan a toda clase de demostraciones de salvaje alegría. Se tiran al suelo y se hacen travesuras unos a otros.

Ritos colectivos. Cuando toda la comunidad se ve amenazada por un peligro directo, todos suelen reunirse en una ceremonia para detener el inminente mal. Cuando una parcialidad de *Matacos* tiene miedo de que la asalte una epidemia, realizan una lucha simbólica contra los espíritus o demonios del mal. Los participantes, hombres y mujeres aderezados con vinchas, con plumas, collares y chalecos rojos, forman una línea

detrás de una hilera de flechas hincadas en el suelo. Comienzan su contra ofensiva cantando cantos mágicos al ritmo de sus sonajeros. A intervalos, los hechiceros absorben por la nariz polvos de *hatax*, con el fin de alcanzar un estado de arrobamiento leve. Sus almas liberadas, se dirigen al cielo en forma de pájaro para desafiar a los espíritus o demonios hostiles. Luego adoptan actitudes agresivas contra sus invisibles enemigos; los amenazan con sus sonajeros y manojos de plumas, marchan contra ellos y pisan sobre ellos como para aplastarlos. El último cuadro de la ceremonia es una desinfección general: cada participante sopla sobre los demás, hace tintinear su sonajero a lo largo de los cuerpos de sus vecinos, y les quita el polvo con manojos de plumas.

Objetos ceremoniales, hechizos y amuletos: Los *Lenguas*, consideran a las vinchas rojas con flecos de plumas, como protección contra los malos espíritus, especialmente los demonios del agua. Cuando un *Mataco* tiene algún trato con el mundo sobrenatural, se pone una vincha roja, y si es posible una camisa tejida de lana roja. Las cruces de hilos insertas en las vinchas alejan los enemigos invisibles. Todo el que toma parte en un rito o tiene que arrostrar algún peligro, se pinta la cara con dibujos negros o rojos, para asegurarse su incolumidad. Todos los indios chaqueños usan amuletos para la caza. Los *Tobas* llevan alrededor de su cintura una bolsa alargada hecha de la piel del cuello de un avestruz que contiene diversas plantas y despojos de animal; de ella esperan que les asegure una abundante provisión de caza. Los *Lenguas* recurren a imágenes de cera para que les traigan buena suerte cuando van a la caza. Los *Matacos* y los demás indios del Pilcomayo, generalmente llevan alrededor de sus cuellos una o más pequeñas bolsitas que contienen plantas medicinales. Los hombres *Mocovíes* se sujetaban pezuñas de venado alrededor de sus cinturas y tobillos para convertirse en corredores veloces (5).

En la mayor parte de pueblos del Chaco, cuando un hombre entregado a un trabajo duro se siente cansado, gusta

(5) BAUCKE, pág. 120; ver KOBLEK, 1870.

de sangrarse las extremidades punzándose con una lezna hecha de hueso de avestruz o jaguar. Los indios de habla guaycurú dan mucha importancia a estas escarificaciones, por lo que animan a los niños a realizarlas por sí mismos. En sus borracheras, los *Abípones* se punzaban el pecho, brazos y lengua, con un majo de espinas o con los aguzados huesos del lomo del yacaré, habiendo en ello gran efusión de sangre. En ocasiones similares los hombres *Payaguá* iban a un hechicero para que les agujerease la piel con una broqueta de madera o con la punta de un dardo de estingaray. Algunos de ellos, como los *Abípones*, se herían el pene y dejaban gotear la sangre en un hoyo practicado en el suelo. Los hombres de prestigio accedían voluntariamente a que se les perforase la lengua con una lezna de madera (6).

Un poder mágico particular se atribuye a los sonajeros llenos de escarabajos sagrados y hechos de una clase especial de calabaza. Otros objetos usados en conexión con la magia son: silbatos redondos de madera y otros silbatos de hueso en forma de laúd. Los *Abípones* atribuían a los dientes de yacaré grandes virtudes contra las mordeduras de serpientes. Los aplicaban a la herida o los llevaban alrededor del cuello.

Magia Negra

En el Chaco se tiene gran miedo a la hechicería, y los hechiceros son considerados responsables de la mayor parte de los males. Los *Abípones* expresaron a Dobrizhoffer, que si no fuera por los hechiceros la gente seguramente viviría siempre. Aún, accidentes tales como mordeduras de serpiente o la muerte a manos de enemigos, son considerados a menudo como la obra de algún shaman mal intencionado.

La hechicería sigue siempre las normas universales de la magia imitativa y contagiosa: el hechicero se procura algunos restos de la persona que él desea embrujar y los somete a manipulaciones simbólicas del tratamiento que él desea infligir a su víctima. Hasta los *Matacos* cristianizados se resisten

(6) AGUIRRE, 1911, pág. 367.

a entregar muestras de su cabello por miedo a ser embrujados. Pocos indios, aun aquellos que están familiarizados con la civilización, permitirán a un extraño reproducir sus figuras, la que en su creencia, podría convertirse en instrumento de su ruina (7).

Los hechiceros pueden causar enfermedad o muerte tirando contra sus enemigos varillas o púas que guardan dentro de su cuerpo. Un hechizo o encanto es suficiente para dirigir el invisible proyectil contra la víctima.

En todos los pueblos guaycurúes se atribuye a los shamanes el poder de transformarse a sí mismos en jaguares, para poder atacar y devorar a la gente. Hace sólo pocos años, que en *Sombrero Negro* había un indio pilagá que hizo varios intentos para convertirse a sí mismo en un jaguar, con la esperanza de tomar venganza de algunas quejas que alimentaba contra uno de los jefes locales. Hacía algunas cabriolas alrededor de su choza con el cuerpo pintado con franjas negras, y aullando como un jaguar. En estas ocasiones, gustaba de gritar: "Soy un jaguar". Se lanzaba sobre su enemigo como hacen los jaguares, y hasta algunas personas afirmaron que ya sus uñas se habían convertido en garras.

Escenas similares son atestiguadas por Dobrizhoffer (8) quien escribe: "Cuando estos espantajos creen que alguno es hostil o dañino para con ellos, amenazan con transformarse en tigre, y despedazar a cada uno de su grupo. Apenas comienza uno a imitar el rugido del tigre, cuando todos los vecinos huyen en toda dirección. Desde cierta distancia, empero, escuchan los fingidos aullidos. "¡Ay! todo su cuerpo comienza a

(7) Como ejemplo del miedo que los *Pilagá* experimentan frente a la magia, puedo citar el siguiente incidente: Un hombre encontró en un matorral un pote que contenía alguna substancia rojiza. El descubrimiento produjo un terrible alboroto en la misión; los indios vociferaban imprecaciones contra aquél que había sido el hechicero, y lo amenazaban con la muerte para cuando pudieran identificarlo. Finalmente, revisaron cuidadosamente el contenido del vaso, del cual extrajeron trozos de tela que fueron reconocidos por algunos individuos como parte de sus propios atavíos.

(8) 1784, vol. I, pág. 87.

cubrirse con manchas de tigre", gritan ellos. "Miren, sus uñas están creciendo", exclaman las espantadas mujeres, pese a que no pueden ver al pícaro, el cual está oculto dentro de su tienda; pero este miedo loco presenta a sus ojos cosas que no tienen existencia real".

Shamanismo

En todo grupo de indios chaqueños, hay siempre gran número de individuos que cuando es necesario son capaces de tratar una persona enferma, o de cantar para apartar algún inminente desastre. Es difícil distinguir entre una persona que tiene un conocimiento superficial del arte de la magia, y otra que puede ser considerada como un shaman profesional. El hombre que practica la medicina entre los *Tobas* y los *Matacos* tiene que haber entrado en contacto con un espíritu que le ha prometido su cooperación. Así, los *Matacos* dicen que sus shamanes reciben todo su poder y conocimientos, de los espíritus. Un espíritu secuestra el alma de un shaman, le enseña la lengua de los espíritus y lo trata de la misma manera que él, después, tratará a sus futuros pacientes. Entre los *Tobas* el futuro shaman tiene una revelación en la cual ve un espíritu y aprende un nuevo canto. Estas creencias explican cómo, en teoría, un hombre deviene hechicero. En realidad, los candidatos observan las manipulaciones de los shamanes expertos, y éstos les enseñan los métodos y secretos de la profesión. Antes de ejercer su arte, el médico debe vivir durante varias semanas en la soledad del bosque sentado sobre un árbol y alimentándose de carne cruda, en particular de la de perro (*Abipones*, *Tobas*). Durante este período, debe repetir continuamente su canto de medicina como si estuviese impelido por una fuerza superior. Más adelante, un viejo shaman le tira una pequeña varilla que penetra en su cuerpo sin causarle ningún daño.

Cuando un candidato *Mbayá* a la dignidad de shaman había adquirido cierta pericia en el cantar, todos los hechiceros de la comunidad se reunían en su choza durante varias noches consecutivas, cantando cantos especiales, y blandiendo penachos de plumas de avestruz. El maestro bebía a expensas del

discípulo, el cual pasaba la noche entera cantando y haciendo sonar su calabaza.

El entrenamiento de los shamanes entre los *Terenos*, comenzaba en la niñez. Durante el último año de enseñanza, debía abstenerse de comer carne fresca, grasa, sal, mandioca y fruta. Un día determinado el instructor producía de su boca una rana, una pequeña serpiente, o una tarántula, y se la daba a su alumno para que la comiera. Finalmente debían cantar durante la noche hasta que un espíritu se les revelara.

En la mayoría de pueblos chaqueños, las mujeres viejas tienen conocimientos medicinales, y son llamadas a la cabecera de las personas enfermas. Conocen también hechizos y danzas que resultan útiles en muchas circunstancias. Pero en general, los shamanes verdaderos son hombres, con la excepción de los *Abipones*, *Mbayá* y *Terenos*, entre los cuales prestidigitadores femeninos tenían una enorme influencia y estaban siempre activos. Los shamanes mbyás eran muy frecuentemente jóvenes muchachas.

El shaman tiene a su servicio un espíritu familiar que realiza a su favor todas las tareas difíciles, y le informa de hechos secretos o futuros. Los hechiceros lules y matacos son los únicos shamanes del Chaco que se ponen a sí mismos en estado de arrobamiento, por medio de tomas por la nariz de un polvo hecho de semilla del sebil (*Piptadenia*). Cuando han alcanzado ese estado, envían a sus almas, en forma de pájaro, fuera del cuerpo. La metamorfosis es facilitada con los silbidos de un pito hecho de un hueso del mismísimo pájaro. El alma, una vez separada del cuerpo del shaman, va al país de los espíritus o visita al Sol, que es un hombre-medicina de gran sabiduría. Puede suceder que el alma de un shaman se encuentre con la de un hechicero; entonces sigue una lucha en la cual la vida de uno de los contendientes está comprometida.

Los shamanes terrenos conocen muchos juegos de manos: extraen plumas de sus narices, tragan flechas, fingen desprender un miembro que luego reponen. También son encantadores de serpientes, a las que conjuran cantando y sacudiendo sus sonajeros durante toda una noche, frecuentemente con la ayuda de sus parientes. Los espíritus familiares tomaban a veces la apariencia de jaguares (*Mocovíes*).

Función del hombre-medicina. La principal función de los shamanes, en ojos de los nativos, es la de curar a las personas enfermas. Hay dos teorías acerca del origen de las enfermedades: primero, ellas pueden ser la consecuencia de la entrada de un espíritu en el cuerpo de una persona, ya sea por cuenta propia, ya por la voluntad de algún hechicero. En tal caso, la causa directa de la dolencia es la presencia de algún objeto o animal dentro de la persona enferma. Los mismos indios se quedan perplejos cuando se trata de explicar si estos cuerpos extraños son espíritus transformados, o si han sido introducidos por el espíritu. Los *Pilagá* creen que cuando una persona ha sido mordida por una serpiente el espíritu de la víbora ha penetrado en el cuerpo. Este espíritu, sin embargo, es considerado como una auténtica serpiente que ha penetrado en la víctima. Los *Lenguas*, *Terenos* y *Matacos*, creen que sus dolencias son debidas a una presencia real de espíritus en forma de serpientes, ratas, cabras, gatitos o escarabajos en sus cuerpos. La segunda hipótesis es que las enfermedades son debidas al secuestro del alma por algún espíritu o demonio (*Tobas*, *Mbayá*, *Terenos*).

Algunas enfermedades o accidentes son también atribuidos a la violación de algún tabú por la víctima o alguno de sus parientes. Toda dolencia que sobreviene a un niño era derivada de una imprudencia cometida por su padre al comer alimentos bajo tabú (*Mocovíes*).

En el caso de una enfermedad causada por la intrusión de un cuerpo extraño, el deber del shaman es extraer el objeto o animal que es responsable del daño. El método es el mismo a través de todo el Chaco. El shaman sopla y escupe sobre el paciente, y canta monótonamente, a veces en un tono que sube y baja continuamente. La conjuración no contiene ninguna palabra, aunque a veces el shaman ordena al mal que se vaya (9).

(9) Los shamanes payaguás, desnudos, con una cuerda alrededor del cuello, comenzaban el tratamiento de su paciente fumando tabaco en una pipa larga. Luego procedían a ahuyentar la enfermedad, produciendo una variedad de sonidos con una trompeta hecha de dos medias calabazas cosidas juntas. El resto de la cura seguía el método usual.

Al soplar y chupar sigue una succión violenta, que a menudo hace salir sangre. Entonces el shaman contrae los músculos de su cara y hace como si quisiera vomitar. Luego escupe mucosidades, que describe como partes del objeto o animal extraído del cuerpo del paciente. Muy a menudo exhibe un escarabajo o un trozo de madera o una guiya que pretende haber extraído. Si la enfermedad ha sido causada por el secuestro del alma, el shaman envía su espíritu familiar o su propia alma a descubrir su paradero y a rescatarla.

El hechicero mbyá curaba sus enfermos dentro de recintos circulares hechos de esteras, en los cuales nadie podía entrar a menos de perder su vida o su vista. Ahí cantaba, sacudiendo su sonajero, hasta que un período de silencio anunciaba que su alma se había ido al cementerio para traer de vuelta el alma de su paciente. A veces sostenía que su alma andaba por el bosque en busca del alma vagabunda. Esta persecución era seguida por las succiones usuales del cuerpo del paciente, y por un escupir objetos que enterraba en un agujero hecho en el suelo con un bastón aguzado. Acompañaban la extracción de los cuerpos extraños, fuertes presiones con los puños sobre el estómago del paciente. Durante el tratamiento no le era permitido al paciente abrir los ojos.

Si durante la búsqueda del alma viajera el shaman la veía montada sobre un caballo, entonces sabía él que el caso era desesperado y abandonaba al paciente a su suerte.

Generalmente pedía a los parientes que le pagaran, aunque estos enfurecidos por su fracaso, solían perseguirle y hacer caer sobre él una lluvia de tizones. Si el sentimiento en contra de un shaman desafortunado iba creciendo mucho, éste a menudo creía prudente abandonar su aldea e incorporarse a otro grupo, por miedo de que le asesinaran los parientes de su enfermo.

Otro importante deber de los shamanes, era el guardar de todo mal a los componentes del grupo. A tal efecto, cuando existía peligro de una agresión por parte del mundo sobrenatural, recitaban de noche sus cantos y sacudían sus sonajeros.

Cuando los *Abípones* se sentían amenazados por un peligro inminente, consultaban a sus shamanes femeninos los que realizaban una ceremonia misteriosa, descrita por Dobrizhof-

fer (10). Las mujeres shamanes se juntaban en una choza y pasaban la noche batiendo dos grandes tambores, gruñendo encantamientos "que acompañaban con un continuado movimiento de los pies y un agitar de brazos". Al día siguiente, las "cantoras" recibían algún presente y "eran ansiosamente preguntadas qué había dicho su abuelo".

Cuando se levantaba tormenta los shamanes mbyaés cantaban, agitaban sus sonajeros, y soplaban a las nubes para dispersarlas.

Los shamanes mbyaés, lules y maticos despachaban sus almas al cielo para traer lluvia de vuelta.

Para atraer la lluvia, los shamanes chamacocos debían caminar de aquí para allá durante varios días y noches sin detenerse. Algunos de ellos trepaban a la cima de los árboles para llamar la lluvia.

Los shamanes podían también informarse acerca del futuro viajando durante la noche al país de los espíritus. Los hombres-medicina mandaban sus almas al Sol, pero este viaje era una aventura peligrosa, ya que el Sol, que es caníbal, no desea ser molestado por visitantes. A tal efecto, colocaba varias trampas en el camino, las que los shamanes debían salvar antes de poder acercársele. Si tenían éxito, podían recibir del Sol respuestas a todas sus preguntas.

Cuando un *Mbayá*, *Abipón*, *Toña* o *Mataco* deseaba consultar un espíritu —entre los *Abipones* el de un pariente— se deslizaba debajo de una manta, sacudía su sonajero, y murmuraba encantamientos. Al cabo de un rato se ponía a temblar y sentía una sacudida. Esta era la señal inconfundible de que un espíritu se había adueñado de él. Luego comenzaba un diálogo entre el shaman y el espíritu, quien respondía sus preguntas con voz característicamente chillona.

Los shamanes mbyaés no sólo podían prever acontecimientos futuros, sino que, por medio de su magia, podían también prevenir su realización. Así podían apartar de sus pueblos enfermedades, guerras y hambres que podían haberlos destruído. Entre los pueblos de habla guaycurú, los shamanes acom-

(10) 1784, vol. II, pág. 83.

pañaban las expediciones militares, y con sus hechizos traían la victoria a su partido. Se les atribuía el poder de matar a sus enemigos con sólo soplar sobre ellos. Cuando una parcialidad mbayá estaba en movimiento, los shamanes cantaban todas las noches para asegurar el éxito de la jornada.

La influencia de los shamanes sobre la comunidad, era considerable y en algunos casos eran realmente los jefes del grupo. Los *Abipones* juzgaban un crimen el contradecir sus palabras o el oponerse a sus deseos o mandatos, y temían su venganza. También obtenían ventajas substanciales de su profesión. Después de una expedición, esos mismos *Abipones* adjudicaban al shaman que los había acompañado la mejor parte del botín. Dobrizhoffer (11) expresa que el hombre-medicina "tiene muchos excelentes caballos, y enseres domésticos superiores a los del resto".

Fiestas Religiosas

Los pueblos del Bermejo —*Paisané*, *Atalalas* y probablemente *Matacos*— celebraban ceremonias que los ponían, simbólicamente, en contacto directo con lo sobrenatural. Estas fiestas contenían un elemento dramático que parece estar ausente de la vida religiosa de los indios modernos de la misma región, ya porque realmente haya desaparecido, o porque no ha llegado a la atención de ningún observador. En el relato de Camaño, recientemente publicado, hay una detallada relación de uno de estos "misterios".

Los indios hincaban en el suelo diez o doce estacas decoradas con dibujos pintados. Los shamanes reunidos señalaban a un joven para que desempeñara el papel de un "dios" llamado *Gos* (que en idioma vilela equivale a "espíritu"), y también designaban a una muchacha para ser "la mujer del Dios" y a un grupo de niños para que fueran sus sirvientes. Cerca de las estacas pintadas se erigían dos chozas, en las cuales el espíritu y su corte se alojaban antes y durante las ceremonias. En el día establecido, la juventud de la aldea, cubierta de plumas y

(11) 1784, vol. II, pág. 87.

embadurnada con pinturas, iba al lugar sagrado llevando jarras con cerveza. Realizaban danzas y dirigían preces a la deidad pidiendo lluvia e implorando su protección en contra de las epidemias. Apenas habían terminado, *Gos*, su mujer y su séquito salían de un bosquecillo donde se habían escondido el día anterior. El muchacho que personificaba al dios, lucía un ingente tocado de paja de forma piramidal, provisto de cuernos. Su cuerpo entero desaparecía bajo los pellejos y los manojos de paja. Su "mujer" iba casi desnuda, pues sólo llevaba puesto un mandil. Su séquito llevaba cinturones de plumas. Todos ocultaban sus caras con pequeñas franjas pintadas. La pareja divina y su escolta bailaban alrededor de las estacas, gritando, haciendo muecas y golpeando las estacas con bastones pintados llamados *ulu*. Al cabo de un rato se retiraban a su choza; luego repetían el espectáculo al mediodía y por las tardes de los siguientes días (12).

Este mismo ritual se seguía en ocasiones menos solemnes. Jóvenes adornados con tocados de plumas, con brazaletes, cinturones y adornos en los tobillos bailaban alrededor de un quebracho blanco o guayacán, silbando y gritando. Una muchacha desnuda acompañaba a los bailarines. En otras ceremonias, jóvenes de ambos sexos corrían alrededor de la aldea llevando bastones guarnecidos con plumas.

El Padre Remedi, que conocía bien a los *Matacos* del río Bermejo, supo por éstos que ellos tenían una fiesta durante la cual el "diablo" salía del bosque donde había estado escondido, y bailaba con la gente divirtiéndola con sus saltos y travesuras. Repentinamente todos se callaban, y la encarnación del dios profetizaba acerca de la próxima cosecha, la abundancia de la caza y las inminentes enfermedades. Cada uno podía también consultarle acerca de su propio futuro (13).

La aparición de las Pléyades sobre el horizonte en abril o mayo, que marcaba el comienzo de un año nuevo era oca-

(12) En otra versión de la misma fiesta dada por el Padre Alonso Sánchez, se dice que en el último día de la fiesta, poco antes de la puesta del sol, los bailarines rompían las jarras de chicha (FURLONG, 1939, pág. 57).

(13) LAFONE QUEVEDO, 1896, vol. XVII, pág. 348.

sión de grandes regocijos entre los grupos de *Guaycurúes* y los *Guaná* que estaban bajo su influencia directa.

Los *Abipones* felicitaban a la constelación como si fuera realmente un hombre. Bebían hidromiel, y un shaman femenino bailaba al son de trompetas mientras los espectadores gritaban y se golpeaban las bocas con sus manos. Durante la ceremonia, la mujer shaman otorgaba rapidez a los guerreros tocando sus muslos con su sonajero. Esta fiesta, muy a menudo coincidía con la iniciación formal de shamanes femeninos y masculinos.

La fiesta de las Pléyades era para los *Mbayá*, uno de los mayores acontecimientos religiosos del año. Era también la señal para sacar todas las esteras que cubrían las chozas, y de golpearlas para ahuyentar cualquier influencia perniciosa que pudiera haberse adherido a aquéllas. Esta desinfección general, que nos recuerda vivamente la expulsión del *qualichu* entre los *Araucanos* era una medida protectora contra las epidemias o los desastres del año que comenzaba.

La vida ceremonial de los *Terenos*, y probablemente de todos los *Guaná*, era particularmente intensa durante el mismo período. Es difícil averiguar si estos indios seguían el ejemplo de sus amos, los *Mbayá*, agregando a sus ritos algunos elementos propios tradicionales, o si la fiesta de las Pléyades de los *Mbayá* coincidía con ceremonias ya presentes en su antigua cultura.

Durante los tres meses que preceden el orto de las Pléyades, los shamanes de la aldea cantaban todas las noches, y sacudían sus sonajeros frente a sus chozas. Un shaman, designado por sus colegas "maestro de ceremonias", incitaba a los de la aldea a que se prepararan para la fiesta venidera. Uno de los primeros ritos observados durante el festival, era un ataque simulado que un viejo shaman llevaba contra la choza del jefe; armado con un cuerno y con la cara velada por una red, personificaba un espíritu. El jefe aplacaba al "espíritu" presentándoles, a él y sus colegas, un toro. Luego un anciano que estaba con una lanza en la mano, se dirigía a los cuatro puntos cardinales, y anunciaba: "Yo soy el abuelo de los jefes del Este, (del Oeste, del Norte y del Sur)", y enumeraba todos los hombres importantes que habían vivido en cada dirección. Es-

tas representaciones simbólicas eran seguidas por diversiones deportivas, y particularmente por torneos de boxeo.

El punto culminante de toda la celebración era la danza del "Vestido de Plumas de Avestruz". Los miembros de la "Mala Mitad" que se habían perjudicado a sí mismos rompiendo cacharros y destruyendo todo lo que veían, eran finalmente desafiados por los de la "Buena Mitad", que aparecían en formación de batalla, empuñando cada hombre un palo pintado. Las dos mitades, formadas en línea, bailaban una junto a la otra, dando alternativamente golpes a sus contrarios, los que los paraban con sus bastones (14). La danza continuaba durante todo el día.

La religión de los pueblos aruacos meridionales (*Mojos, Paressis, Paumari*, etc.) se caracteriza por ceremonias en las cuales hombres enmascarados, personificando espíritus, asustaban a las mujeres y exigían de ellas un tributo en alimentos o bebidas. Ciertos aspectos de las fiestas de los *Terenos* eran supervivencias de estas antiguas ceremonias, aunque andando el tiempo puedan haberse convertido en meras diversiones con escaso significado ritual. Ocultos en algún lugar secreto, los hombres se pintaban para ocultar su identidad, y fingían luego atacar la aldea. Las mujeres, en lugar de huir, se defendían en una batalla ficticia. Un hombre, manchado de negro y rojo,

(14) Los dos grupos se ponían en línea, y avanzaban uno contra el otro, siguiendo con movimientos rítmicos unos batidores de tambor. Sus actitudes simulaban el acecho de un enemigo. "Cuando las dos líneas se topaban, dábanse vuelta y avanzaban una al lado de otra calle abajo continuando sus movimientos de acecho como antes. Repentinamente, una de las líneas levantaba sus bastones y golpeaba en dirección de la cabeza de los otros, los que al mismo tiempo habían levantado también los suyos, asidos con ambas manos, sobre sus cabezas para recibir el golpe. La actitud de acecho era retomada de nuevo por unos pocos pasos, luego el ataque era devuelto por la otra parte; y así continuaba la danza. Cada choza era visitada, y unas cuantas evoluciones se realizaban al frente de cada una. La danza continuaba todo el día, con intervalos para descansar y beber. Después del baile, los malos eran considerados como vencidos, y cobraban juicio para poderse comportar durante todo el año". (Ver ALEXANDER RATTRAY HAY, *The Indians of South America and the Gospel*, pág. 117-118; New York 1928).

con plumas en su cabeza y cubierto con ramitas, hacía su entrada a la plaza de la aldea y divertía al auditorio con sus cabriolas. Los hombres construían también en la plaza una choza temporaria, que era tabú para las mujeres. Allí se desfiguraban con plumas de avestruz y pinturas faciales. Ataviados de este modo, en los días sucesivos bailaban durante algunas horas alrededor de la casa de los hombres (15).

Los antiguos *Mbayá* tenían una fiesta similar, con la diferencia de que la persona enmascarada era una muchacha fuerte que se embadurnaba la cara con carbón y se cubría con ramas. Se rodeaba de un grupo de muchachos desnudos, quienes, a pesar de la oposición de otras muchachas, trataban de despojarla de su traje foliáceo. Finalmente, la agarraban y la llevaban a un río para lavarle la cara. Estos juegos eran celebrados también en honor de los jefes; pero entonces eran ellos los que aparecían enmascarados con ramas.

(15) RHODE, 1885, pág. 409.

BIBLIOGRAFIA

- AGUIRRE J. F., *Diario de Aguirre. Anales de la Biblioteca*, 7; Buenos Aires 1911.
- BALDRICH A. J., *El Chaco central Norte*; Buenos Aires 1890.
- BALDUS H., *Indianerstudien im Nordoestlichen Chaco*; Leipzig 1931.
- BAUCKE F., *Iconografía colonial rioplatense. 1749-1767*, Buenos Aires 1935.
- BAUCKE F., ver Kobler, 1870.
- COMINGES D. J., *Exploraciones al Chaco del Norte. Diario de la segunda expedición realizada en octubre y noviembre del año 1879*, en *Obras escogidas de don Juan Cominges*; Buenos Aires 1892.
- DOBRIZHOFFER M., *Historia de Abiponibus, equestri, bellicosaque Paraguariae natione*; Viena 1784.
- FURLONG G., *Entre los Mocobíes de Santa Fe*; Buenos Aires 1938.
- FURLONG G., *Entre los Vilelas de Salta*; Buenos Aires 1939.
- GRUBB W. B., *Among the Indians of the Paraguayan Chaco. A story of missionary work in South America*, 1904.
- GRUBB W. B., *An unknown people in an unknown land*; London 1913.
- KARSTEN R., *Indian tribes of the Argentine and Bolivian Chaco. Ethnological studies, Societas Scient. Fennica*, 4; Helsingfors 1932.
- KOBLER A., *Pater Florian Baucke, ein Jesuit in Paraguay (1748-1766)*; Regensburg 1870.
- KRIEG H., *Indianerhunde im Gran Chaco*. En *Physis*, XVI, N° 48, pág. 153-158; Buenos Aires 1939.
- LAFONE QUEVEDO S. A., *Los indios matacos y su lengua por el P. Joaquín Remedi Ord. Seraf. misionero apostólico, con vocabularios ordenados por...* En *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, XVII, 331-362.
- MÉTRAUX A., *Etudes d'ethnographie Toba-pilaga (Gran Chaco)*, en *Anthropos*, XXXII, pág. 171-194 y 378-401; Moedling bei Wien 1937.
- MÉTRAUX A., *Myths and tales of the Matako Indians. Ethnological studies*, IX, 1-127; Goteborg 1939.
- NORDENSKIOELD E., *Indianerleben (El Gran Chaco)*; Leipzig 1912.
- PALAVECINO E., *Los indios Pilagá del río Pilcomayo*. En *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*, XXXVII, 517-582; Buenos Aires 1933.

- PALAVECINO E., *Las culturas aborígenes del Chaco*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 387-416, Buenos Aires 1939.
- PELLESCHI J., *Los indios Matacos y su lengua*, con una introducción por Samuel A. Lafone Quevedo. En *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, XVII, 559-622, XVIII, 173-350. Tirada aparte; Buenos Aires 1897.
- RHODE R., *Einige Notizen über den Indianerstamm der Terenos*. En *Zeitschrift der Gesellschaft für Erkunde zu Berlin*, XX, 404-410; Berlín 1885.
- PRADO F. R. DO, *Historia dos índios cavalleiros ou da nação Guayçurú*. En *Revista do Instituto Historico e Geografico do Brazil*, I, 25-57; Río de Janeiro 1939.
- SÁNCHEZ LABRADOR J., *El Paraguay católico*, 3 vol.; Buenos Aires 1910.

WASHINGTON.

Bureau of American Ethnology